

## Los primeros años del episcopado de san Juan Crisóstomo

La vida de san Juan Crisóstomo se puede dividir en dos grandes apartados que corresponden a su estancia en dos ciudades del Imperio romano oriental: Antioquía y Constantinopla. El período antioqueno, comprendido entre los años 344/354 y 397, le sirve de formación espiritual y humana en la escuela de retórica de Libanio, en el asceterio dirigido por Carterio y Diodoro, en el desierto y en sus funciones como diácono y presbítero junto a su pueblo; vivencias todas ellas que le sirven de puente para su nombramiento como obispo el año 398 en Constantinopla. En este corto período, que abarca únicamente nueve años (398-407), se desarrolla toda su vida pública.

Ya con anterioridad analizamos su estancia en Antioquía<sup>1</sup>. Ahora, con el fin de continuar completando su biografía, seguimos sus primeros pasos en la sede de Constantinopla.

Probablemente Crisóstomo hubiera deseado no abandonar jamás Antioquía. Durante los doce años en que estuvo al frente de su brillante magisterio, fue creciendo la pasión con que se le escuchaba. No eran sólo sus cualidades de orador o de exegeta lo que congregaba tantas multitudes, sino la voz de quien tanto había velado por la felicidad y edificación de sus conciudadanos. Por el cariño manifestado por su pueblo y por su falta de dotes diplomáticos y políticos, aunque no previera lo que se le avecinaba, es improbable que quisiera cambiar de mundos.

<sup>1</sup> Cf. I. Delgado Jara, "El período antioqueno de la vida de san Juan Crisóstomo", *Helmantica* 52 (2001), pp. 23-50.

Pero este deseo no le fue concedido. Se le obligó a aceptar, por medio de un artificio, la sede de Constantinopla al quedar vacante tras la muerte de Nectario<sup>2</sup>. Eutropio, entonces máximo influyente<sup>3</sup>, conocía a Crisóstomo por haberle visto en un viaje a Oriente y, contando sin duda encontrar en él un simple sacerdote del cual haría la fortuna una criatura dócil y ajeno a la política de la Iglesia, le hizo aceptar el cargo episcopal por orden del emperador Arcadio. Pronto quedó claro que su nombramiento para la sede de la residencia imperial no encajaba con la sencillez de su carácter, carente de la debida diplomacia para ese cargo, enmarañado por las intrigas de la Corte. Crisóstomo fue arrasado por sorpresa y conducido a Constantinopla<sup>4</sup>, donde fue consa-

2 Aunque eran muchas las candidaturas que flotaban en el ambiente, dos eran las que sobresalían: Juan de Antioquía e Isidoro de Alejandría. Al primero lo patrocina Eutropio, de quien en breve hablaremos; al segundo, Teófilo, patriarca de Alejandría. Cf. Chr. Baur, *Johannes Chrysostomus und seine Zeit, II Konstantinopel*, Munich 1929-1930 [traducción inglesa por Mary Gonzaga, *John Chrysostom and his time*, London 1960, vol. II, p. 192]. (Es a este tomo y a las páginas de esta traducción a las que se remiten nuestras referencias). Por la reputada sagacidad de Teófilo, por su contrario Eutropio, valido del emperador, y por los ochenta años de Isidoro, entre otras cosas, como por su valía personal, subió Crisóstomo a dicha sede.

3 Antiguo esclavo convertido en el eunuco favorito de Tediato I, y después gran chambelán de Arcadio. Su poder oculto hacía de él uno de los hombres más influyentes del Imperio. Caerá en el momento de la revuelta de Gainas, en 399. Cf. Chr. Baur, *op. cit.*, vol. II, pp. 104-126.

Paladio, *Diálogo sobre la vida de san Juan Crisóstomo* 5, 53-59: ἐκράτει δὲ τῶν πραγμάτων Εὐτρόπιος ὁ σπάδων, ἀφηγητῆς τῶν βασιλικῶν κοιτῶνων. βουλόμενος οὖν αὐτὸν παραθέσθαι τῇ πόλει (εἶχεν γὰρ πείραν τῆς ἀρετῆς Ἰωάννου, βασιλικῆς αἰτίας αὐτὸν εἰς ἀνατολὴν τὴν ἐνδοτεράν ἀγαγούσης), οὗτος παρασκευάζει τὸν βασιλέα γράμματα χαράξει πρὸς τὸν κόμητα Ἀντιοχείας, ἀσφοητὶ ἐξαποστεῖλαι τὸν Ἰωάννην, μὴ τaráξαντα τὴν Ἀντιοχείων, “Así pues, un hombre estaba a la cabeza de la situación: el eunuco Eutropio, jefe de la cámara imperial. Queriendo entregar a Juan a la ciudad —había sabido apreciar su virtud, ya que una misión del emperador le había enviado bastante lejos en Oriente—, hizo que el emperador dirigiera una carta al conde de Antioquía, ordenando a éste expulsar discretamente a Juan sin molestar a la ciudad de Antioquía”.

4 Sozomeno, *Historia Ecclesiastica* 8, 2: ἔδοξε Κωνσταντινουπόλει ἐπιτήδειος εἶναι τῆς Ἐκκλησίας ἐπισκοπεῖν. Ψηφισαμένων δὲ τοῦτο τοῦ λαοῦ καὶ τοῦ κλήρου, καὶ ὁ βασιλεὺς συνήκει, καὶ τοὺς ἄξοντας αὐτὸν πέπομφε.

Paladio, *Dial.* 5, 59-65: ὅς ἐξαυτῆς δεξάμενος τὸ γράμμα παρακαλεῖ αὐτὸν ἔξω τῆς πόλεως γενέσθαι μέχρι τῶν μαρτυρίων πλησίον τῆς πύλης καλουμένης Ῥωμανήσιας, καὶ ἐπιβίβασας αὐτὸν δημοσίῳ ῥηδίῳ παραδίδωσι τῷ ἀποσταλέντι εὐνοῦχῳ σὺν τῷ στρατιώτῃ τοῦ μαγίστρου. οὕτως ἀχθεῖς χειροτονεῖται ἐπίσκοπος τῆς Κωνσταντινουπολιτῶν ἐκκλησίας, “Apenas recibida la carta imperial, el conde suplica a Juan que se encontrase a la salida de la ciudad cerca de la capilla de los mártires, ante la puerta llamada Romana; después, habiéndole hecho subir en un coche de correos, le confía al eunuco encargado de esta misión acompañado del correo del jefe de los oficios.

grado obispo a comienzos del año 398. Ni Eutropio ni Arcadio tenían trato con él, y él ignoraba lo que podría ser la corte y el gobierno de un emperador bizantino<sup>5</sup>, las costumbres y el espíritu de un clero más preocupado por complacer a los poderosos que por conservar su dignidad y su independencia. Este extranjero, este hombre semiarruinado por las austeridades, tan pobre y tan orgulloso, este cristiano tan humilde que había sido necesario engañarlo para elevarlo a la sede episcopal, no podía ser bien acogido por estos prelados mundanos y ambiciosos que habían esperado para ellos mismos tal honor y no habían reulado ante ninguna intriga, por baja que fuese. “Inmediatamente afluyen indeseables en busca de esta dignidad, hombres que no eran hombres, poseedores del título de sacerdotes, pero indignos del sacerdocio, unos llamando a las puertas del pretorio, otros utilizando el soborno, otros incluso implorando de rodillas ante las multitudes. Ante este espectáculo, el pueblo de los verdaderos cristianos se agita, suplica al emperador buscar uno que tuviera la experiencia del sacerdocio”<sup>6</sup>.

Como vemos, era al emperador al que correspondía el nombramiento de las sedes episcopales, de las más importantes al menos<sup>7</sup>. El

Después de haber sido conducido de esta forma, es ordenado obispo de la Iglesia de Constantinopla”.

Fue consagrado a comienzos del año 398. Cf. Chr. Baur, *op. cit.*, p. 12 ss., sobre todo, pp. 19-20.

5 Más tarde diría en la homilía *In epistolam ad Ephesios* (PG 62, 152): “Ἄν τε γάρ ἐν βασιλείοις τρέφεται, πολλοὶ καὶ Ἕλληνες ἐκεῖ καὶ φιλόσοφοι καὶ οἱ πεφουσημένοι ἐπὶ τῇ παρουσίᾳ δόξῃ, καθάπερ τόπος τις ὑδερικῶν ἐμπλησμένος. Τοιοῦτόν τί ἐστι τὰ βασιλεία: πάντες εἰσὶ πεφουσημένοι καὶ φλεγμαίνοντες: οἱ δὲ οὐκ ὄντες σπουδάζουσι τοῦτο γενέσθαι, “El palacio del emperador es un hormiguero de paganos, de filósofos y de pechos hinchados por la gloria mundana. Podría llamarse reunión de hidrópicos. No puede ser otra cosa esta corte, porque no se encuentran más que arrogantes, y el que llega nuevo, nuevo se apresura a serlo”.

6 Paladio, *Dial.* 5, 46-52: ἐν τεύθειν συντρέχουσί τινες τῶν μὴ ζητουμένων, μαστεῖοντες τὴν προεδρίαν, ἄνδρες τινες οὐκ ἄνδρες, πρεσβύτεροι μὲν τὴν ἀξίαν, ἀνάξιοι δὲ τῆς ἱερωσύνης, οἱ μὲν πραιτωριοκτυποῦντες, οἱ δὲ καὶ δωροδοκοῦντες, ἄλλοι δὲ καὶ τοὺς δῆμους γουυπετοῦντες. ἐπὶ τούτοις κλονεῖται ὁ λαὸς τῶν ὀρθοδόξων, διασκύλλων τὸν βασιλέα, ἐπιζητῶν τὸν ἐπιστήμονα τῆς ἱερωσύνης.

7 El desarrollo de la doctrina imperial en el Bajo Imperio Romano, ya cristalizado, culminó con la concepción de la función del emperador como monarca en el sentido literal de la palabra, lo que vino a significar en la realidad que era a la vez rey y sacerdote. Sus funciones sacerdotales se basaban por completo en las prácticas de la antigüedad pagana y no quedaron relegadas, sino, por el contrario, se vieron estimuladas bajo la influencia de la religión monoteísta cristiana. El monoteísmo cristiano contribuyó poderosamente a la elaboración y difusión de la idea de que, de la misma manera que había un solo Dios en el cielo, había un único monarca sobre la tierra. El lema característico de la ideología impe-

abandono del principio de la elección popular introdujo en la Iglesia la intriga y la corrupción; pronto el clero perdió con su independencia una parte de su autoridad moral y se alejó cada vez más del pueblo, del que debía ser el representante y el defensor, para acercarse al príncipe del que fue demasiado a menudo el complaciente y el esclavo. En esta patria del despotismo, la energía democrática de la religión cristiana, tan poderosa en los primeros siglos, no pudo conseguir desenraizar estas costumbres seculares de dependencia y esta confusión entre los asuntos de la tierra y los del cielo. Constantino, sus hijos, Teodosio, gobernaron la Iglesia tan despóticamente como el imperio<sup>8</sup>; y jamás la Iglesia, por iniciativa propia, solicitó su intervención. Por haber querido romper esta unión adúltera de la Iglesia y del Estado, del clero y de la corte; por haber combatido los desórdenes consecuencia de ello, es por lo que Crisóstomo murió en el exilio. Aquellos que más lo odiaron y que más trabajaron para desacreditarlo eran sus propios eclesiásticos y un número bastante elevado de monjes. En su primera persecución, casi todo el clero tomó el partido de sus enemigos<sup>9</sup>.

rial fue: “Un Dios, un Imperio, una Iglesia”, y puede hablarse justificadamente de una teología “imperial”. Cf. W. Ullmann, *Historia del pensamiento político en la Edad Media*, Barcelona 1983, pp. 33-34.

8 Tras el traslado de la capitalidad a Constantinopla por el emperador Constantino (330), la exagerada concepción imperial alcanzó su plena expresión. Este traslado tuvo importantes consecuencias sobre la doctrina política, así como sobre el Imperio bizantino. La combinación de los poderes real y sacerdotal era la principal característica de la singular posición del emperador. Expresaba su función como vicario de Cristo sobre la tierra. Se consideraba que la plenitud de poder de Jesucristo en el cielo quedaba en la tierra encarnada en la persona de su vicario. Las leyes, los decretos y las órdenes del emperador eran leyes, decretos y órdenes de la divinidad publicados a través de la persona del emperador. De ahí que hubiese el mismo silencio durante los oficios religiosos que ante la publicación o promulgación de las leyes y los decretos imperiales. Cf. W. Ullmann, *op. cit.*, p. 34. Crisóstomo llegó a recomendar a sus súbditos que debían escuchar las Sagradas Escrituras con el mismo temor y la misma reverencia con que oían “en sagrado silencio” la publicación de las leyes imperiales.

En el sermón octavo *in Genesis* PG 54, 617, 15-20, san Juan Crisóstomo hace alusión a esto. Nos dice: Θεῖος ὁ νόμος, ἀλλὰ προσέχωμεν. Εἰ γὰρ βασιλικά ἀναγινώσκοντες γράμματα ἄνθρωποι, ὀλόκληρον ἀνίστασι θέατρον· πολλῶ μάλλον ἡμᾶς οὐκ ἀνθρώπων, ἀλλὰ Θεοῦ νόμους ἀναγιώσκειν μέλλοντας διανίστασθαι χρῆ τῇ διανοίᾳ, καὶ προσέχειν τοῖς λεγομένοις, “Divina es la ley, pero atendamos. Pues si los hombres, cuando leen cartas regias, despiertan a todo el público, mucho más necesario es que nosotros, que tenemos la intención de leer no las leyes de los hombres, sino las leyes de Dios, levantemos el pensamiento y atendamos a lo que se dice”.

9 Cf. Lenain de Tillemont, *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique des six premiers siècles*, XI, Venecia 1932, art. 64.

Por esencia, enemigos suyos tenían que ser los paganos, que eran aún muchos y entre los cuales había quienes ocupaban grandes puestos en el mundo oficial. O los heréti-

El obispo al que sucedía Crisóstomo, Nectario, había sido elevado a esta importante sede por Teodosio. Era un anciano perteneciente a una familia senatorial, no teniendo más título para una dignidad tan eminente que su rango y su nulidad absoluta<sup>10</sup>. Tal fue el sucesor que Teodosio dio a Gregorio de Nacianzo cuando, en el concilio de 381, éste, desbordado por los acontecimientos, no supo resolver los conflictos entre los diferentes grupos<sup>11</sup>. Por su carácter áspero y su rígida fe, había reducido la lucha entre los arrianos y los ortodoxos<sup>12</sup>. Nectario, elegido para dar la paz a la Iglesia de Constantinopla, fue fiel a su papel, que ejerció durante dieciseis años con la satisfacción del emperador, con el único fin de la edificación del mundo cristiano. Cuando murió<sup>13</sup>, la paz reinaba en la Iglesia. El arrianismo y el polite-

cos, entre los que figuran los arrianos, tan numerosos y hostiles. Pero paradójicamente, como veremos a continuación, los que más lejos llegan son los mismos clérigos, que se resistían a entrar en el molde de los cánones y contra los que Crisóstomo arremetió.

10 Cf. P. Albert, *St. Jean Chrysostome considéré comme orateur populaire*, Paris 1858, pp. 44 y ss.

11 Cuando en la primavera de 381, Teodosio convocó en Constantinopla el que luego se consideró segundo concilio ecuménico, presidido por Melecio, Gregorio de Nacianzo renunció a su sede en Constantinopla. Durante la celebración de dicho concilio encontró su muerte Melecio. Contra el deseo de Gregorio, su sucesor fue Flaviano. Al haber pretendido el nacianceno que los orientales reconociesen como nuevo obispo de Antioquía al rival de Melecio, Paulino, los partidarios de Melecio se enfurecieron e hicieron elegir a Flaviano. Este incidente provocó una campaña en su contra. Algunos obispos de Macedonia y Egipto denunciaron su situación canónica. Apoyándose en un canon del concilio de Nicea, sostenían que era ilegítima su ocupación de la sede de Constantinopla, puesto que había sido ordenado obispo para Sásima. Al verse cuestionado, Gregorio renunció a Constantinopla presentándose en su discurso de despedida al Concilio como el nuevo Jonás a quien conviene echar al agua para calmar la tempestad que ha motivado: ἐγὼ δ' Ἰωνᾶς ὁ προφήτης γίνομαι. δίδωμ' ἑμαυτὸν τῆς νεως σωτηρίαν καίπερ κλύδωνος τυγχάνων ἀνάιτιος. ἄραντες ἡμᾶς ῥίψατε κλήρου φορᾶ. κητός με δέξεται ἐκ βυθοῦ φιλόξερον (*Carmen de vita sua* II 1838-1842, PG 37, 1156-1157). Cf. R. Trevijano, *Patrología*, Madrid 1994, p. 204.

12 San Hilario de Potiers, san Ambrosio, san Basilio y, sobre todo, san Gregorio Nacianceno fueron figuras revelantes que combatieron contra los arrianos. Los herejes fueron vencidos a partir del momento en que perdieron el favor de los emperadores. Valentiniano, Graciano y Teodosio los proscribieron. Y tras la condena del concilio de Constantinopla, el arrianismo se refugió en los reinos bárbaros, promoviendo en ellos sangrantes persecuciones contra los católicos. Cf. H. Masson, *Manual de herejías*, s.v. el arrianismo, Madrid 1989, pp. 50-55.

13 Paladio, *Dial.* 5, 44-46: τούτων δὲ οὕτως οὐριοδρομούντων τῆ τοῦ Χριστοῦ κυβερνήσει, κοιμάται ὁ μακάριος Νεκτᾶριος ὁ ἐπίσκοπος τῆς Κωνσταντινουπολιτῶν ἐκκλησίας, "Todo iba así, con próspero viento, bajo el gobierno de Cristo, cuando muere el bienaventurado Nectario, el obispo de la Iglesia de Constantinopla".

ísmo estaban casi suprimidos; los edictos de Teodosio habían hecho pronta justicia<sup>14</sup>. Este rudo general de ascendencia hispana llevaba en los asuntos de fe la enérgica decisión que él desplegaba contra sus enemigos y los del Estado<sup>15</sup>. El ardor de las discusiones teológicas estaba singularmente enfriado. No era, por tanto, fuera de la Iglesia ortodoxa donde el sucesor de Nectario debía encontrar enemigos; no tenía que temer la suerte de Gregorio Nacianceno, sino que fue en nombre de la conservación de la integridad de la fe por lo que los obispos de Oriente se levantaron contra Crisóstomo. De hecho, moralmente, Juan era inatacable. Sus enemigos se convencieron de ello después de haber hecho, incluso, una investigación en Antioquía sobre sus años juveniles<sup>16</sup>. La

Nectario muere el 26 de septiembre de 397. Juan es ordenado obispo el 15 de diciembre por el sínodo de Constantinopla, el 26 de febrero de 398 según Sócrates, *Historia Ecclesiastica* VI, 2, al que sigue Georges Savile, 8, 40-41. Sobre las razones del tiempo transcurrido entre la muerte de Nectario y la ordenación de Juan, cf. G. Dagron, *Naissance d'une capitale. Constantinople et ses institutions*, París 1974, pp. 464-465.

14 La muerte de Valente, en la batalla de Adrianópolis en 378, supuso la desaparición de un emperador que simpatizaba con la herejía. En manos de Teodosio quedaba la solución del problema religioso. Profundamente católico, remató la decisión del edicto de Tesalónica (380), en que se declaró el cristianismo en su versión ortodoxa como única fe del Imperio, con la celebración de un segundo gran concilio: el de Constantinopla de 381. Los principios proclamados en Nicea fueron ratificados, condenándose el arrianismo en sus distintas manifestaciones. El paganismo y la herejía quedaban oficialmente proscritos, y la ortodoxia erigida en verdadera carta de ciudadanía del Imperio. Cf. E. Mitre, "Descomposición del orden romano (siglo IV). El cristianismo" en VV.AA., *Historia de la Edad Media*, Barcelona 1992, pp. 7-14.

15 He aquí uno de sus edictos: "Es nuestra voluntad que todos los pueblos gobernados por nuestra *clemencia* y *nuestra moderación* se adhieran estrictamente a la religión que san Pedro enseñó a los romanos, cuya tradición, conservada con cuidado, es profesada hoy por el pontífice Dámaso y por Pedro de Alejandría, obispo de una santidad apostólica. Conformemente a la disciplina de los apóstoles y a la del Evangelio, debemos creer en la sola divinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, bajo una majestad igual y en una piadosa Trinidad. Autorizamos a los discípulos de esta doctrina a tomar el título de cristianos católicos; y, como juzgamos que todos los demás son ciegos e insensatos, les marcamos con el odioso nombre de herejes; y prohibimos a sus asambleas usurpar en lo sucesivo el nombre venerable de iglesias. Independientemente de la condena divina, *deben contar con sufrir todos los castigos que nuestra autoridad, guiada por la sabiduría celestial, juzgará propio de infligirles*". *Codex Theodosianus* l. XVI, tit. 1, ley 2, Th. Mommsen-P.M. Meyer (eds.), Berlín 1905.

16 Paladio, *Dial.* 6, 20-24: ἀποστείλαντες δὲ πρῶτον εἰς τὴν Ἀντιοχείου ζητοῦσι νεότητος αὐτοῦ πλημμελείας, ὡς δὲ ἕξιλιπον ἐξερεινῶντες ἐξερεινήσεις, καὶ οὐχ εὔρον οὐδέν, ἀποστέλλουσιν εἰς τὴν Ἀλεξάνδρειαν πρὸς τὴν εὐχέρειαν Θεοφίλου, καλούμενου Ἀμφαλλάξ, τὰ τοιαῦτα σοφῶς ἀρχιτεκτοῦντος: "Habiendo escrito primero a la Iglesia de Antioquía, buscan contra él delitos de juventud; pero como 'fracasaron en sus búsquedas, los que buscaban' y no encontraron nada, escriben a Alejandría y apelan a la habilidad de Teófilo, al que llaman 'la veleta', que se distingue urdiendo tales intrigas". Este apodo de 'el veleta' le fue adjudicado cuando la revuelta

acusación de herejía quedaba como el único camino abierto, y el más seguro. De esta manera, lo acusaron de origenismo<sup>17</sup>. Pero hace falta descartar esta vana acusación y buscar los verdaderos motivos de una animosidad, que ni el exilio ni la muerte misma pudieron apagar.

Nada más ocupar la sede, Juan se propuso como objetivo combatir enérgicamente los vicios y los excesos de los grandes, de la corte, de la emperatriz, y reformar la sociedad, promoviendo una más fiel observancia de los preceptos evangélicos.

En sus actos como en sus palabras fue a menudo violento, amargo, excesivo. Su fustigación oratoria obraba sobre la sociedad bizantina a estilo de revulsivo sobre un organismo enfermo. Parecido a esos médicos a los que se compara tan a menudo<sup>18</sup>, no conoció más que remedios enérgicos; la diplomacia no era su fuerte. Y estas exigencias cuyas provocaron la hostilidad de las víctimas de sus invectivas.

Con este afán reformador y combativo quiso, primeramente, comenzar por una restauración eclesiástica, y se esforzó en eliminar una serie de abusos extendidos entre el clero<sup>19</sup>, entre ellos, la cohabitación "espiritual" de clérigos con mujeres, la administración del tesoro de la Iglesia y asuntos que tenían que ver con la vida de ciertos sacerdotes y los monjes.

El mal era grande. Los Padres de la Iglesia deploran con amargura los vicios del clero de Roma y sobre todo su codicia. En Constantinopla la licencia era mayor todavía. El vecinaje de una corte, los placeres de una capital, el favor del gobierno, las riquezas de la Iglesia, esta particular facilidad de costumbres de Oriente, y, final-

de Máximo, bajo Teodosio I, ya que había enviado a Isidoro con una carta de felicitación para Teodosio, en el caso de que él fuera vencedor, y otra para Máximo, si éste triunfara. Cf. Sócrates *HE* 6, 2, y Sozomeno *HE* 8, 2, 17.

17 Todo Oriente estaba agitado por los innovadores que proclamaban su vinculación con la doctrina de Orígenes (figura destacada de la Iglesia entre los siglos II y III): el Hijo sería un segundo Dios, aunque consustancial con el Padre, y ambos, Padre e Hijo, serían superiores al Espíritu Santo; en el plano escatológico, negó la eternidad del infierno; los pecadores y hasta los demonios serán purificados para preparar la segunda venida de Jesucristo; y propugnaba la preexistencia de las almas. Cf. H. Masson, *op. cit.*, s.v. Orígenes y Origenistas, pp. 262-264.

18 Son numerosísimas las comparaciones que san Juan establece con los médicos, los fármacos y todo el campo de la medicina. Cf. sermón cuarto in *Genesim* *PG* 54, 596, 40-41; 597, 5-8; sermón quinto, *PG* 54, 599, 43-47; sermón séptimo, *PG* 54, 615, 38-41...

19 Todas estas reformas que Juan lleva a cabo son expuestas en *Paladio*, *Dial.* 5, pp. 100-166 de la edición de A.-M. Malingrey y Ph. Leclercq, Paris 1988, especialmente, pp. 118-127.

mente, el episcopado letárgico de Nectario, habían llevado a las costumbres y a la disciplina del clero a un relajamiento general. Evidentemente, eran necesarias reformas, aun previendo los obstáculos que iba a encontrar, los enemigos que se iba a crear y los odios que contra él se iban a acumular.

Empecemos pues, con una de las reformas que Juan lleva a cabo. Un singular abuso se había introducido en el clero de Constantinopla y su autoridad moral se encontraba fuertemente debilitada<sup>20</sup>. Los abusos de los *syneisaktoi*, es decir, la cohabitación “espiritual” de clérigos con mujeres, se había extendido y ganaban al clero parroquial. Sabemos con qué solicitud la Iglesia velaba por la inocencia de las vírgenes y por la castidad de las viudas<sup>21</sup>. En los asilos que la Iglesia les abría reinaba el orden más perfecto, la decencia, y una atmósfera de pureza y de recogimiento que estaba dirigida a Dios. Estas comunidades, muy numerosas al principio, habían disminuido sensiblemente,

20 Paladio, *Dial.* 5, 102-106: ὀλιγάκις δὲ καταχρόμενος καὶ τῇ ἐλεγκτικῇ βακτηρίᾳ, κατατείνει λόγον κατὰ τῆς ἐπιπλάστου ἀδελφοζωίας, τὸ δ' ἀληθές, κατὰ τῆς ἀσχήμου κακοζωίας περὶ τῶν καλουμένων συνεισάκτων, ἀποδεικνύς ἐν αἰρέσει κακῶν ἀμείνους εἶναι τοὺς πορνιτροφούς; “Pero a veces, utilizando también el bastón de la acusación, dirige su palabra contra las falsas apariencias de una vida como hermanos y hermanas, en realidad contra la vida vergonzosa de libertinaje, a propósito de las que se llaman ‘subintroducidas’”.

En el concilio de Nicea se establecieron cánones de comportamiento y uno de ellos fue el establecimiento del celibato de los clérigos: “El gran concilio prohíbe severamente que ni el obispo ni el sacerdote ni el diácono, ni cualquier otro clérigo se permita tener una mujer en familia (“subintroducida”) a no ser que sean la madre, una hermana, una tía o solamente que excluyan toda sospecha”. Cf. Gelasio de Cízico, *HE* 2, 32 (*PG* 85, 1320-36); *GCS* 28, 112-118.

21 Sobre la castidad de las viudas, cf. Paladio, *Dial.* 5, 140-145: μετὰ τοῦτο προσκαλεῖται τὸ τῶν χηρῶν τάγμα, ἐμπεριουστῶν ἐν αὐταῖς τὰς οὐκ ὀρθῶς ἀναστρεφόμενας, καὶ εἰρῶν φιλοσάρκους τινὰς παρῆνει ἢ ἰηστεῖαν ἀναλαβεῖν ἀπεχομένης βαλανεῖον καὶ περιέργων ἱματίων, ἢ θάπτου χωρεῖν ἐπὶ δεῦτερον γάμον, ἵνα μὴ ὑβρίζηται ὁ νόμος ὁ τοῦ Κυρίου, “A continuación convoca al grupo de las viudas y se informa si hay entre ellas algunas que no llevan una recta conducta; habiendo encontrado algunas que llevaban una vida según la carne, les aconsejó entregarse al ayuno, privándose de baños y de vestidos elegantes, o si no, encaminarse rápidamente hacia un segundo matrimonio, con el fin de que la ley del Señor no fuera ultrajada”.

Sobre las viudas y los problemas que levanta su presencia en la Iglesia del s. IV, cf. Crisóstomo, *Sobre el sacerdocio* 3, 16, donde dedica varias páginas a su cuidado y a los problemas que acarrea, y A. M. Malingrey “Vierges et veuves dans la communauté chrétienne d'Antioche au IV s.”, en *Roczh* 27 (1979) 3. Una abundante bibliografía sobre las viudas y las diaconesas es dada por J. Dauvillier en “Histoire du droit et des institutions de l'Église en Occident”, *Les temps apostoliques, 1<sup>o</sup> siècle*, vol. II, Paris 1970, cap. 3. También es interesante la introducción de M<sup>a</sup> J. Zamora a la traducción de *Juan Crisóstomo. Sobre el matrimonio único*, Madrid (2001), pp. 7-41.



pues ya no se reclutaba más que a viudas o a vírgenes indigentes. Las que pertenecían a familias ricas y disponían de gran fortuna vivían de forma secular y, gozando completamente de los honores reservados a su estado, eran dispensadas de abrazar las mortificaciones y las fatigas del claustro. Así pues, a menudo, el único indicio que probaba su profesión era la presencia asidua de un eclesiástico, y esta presencia, evidentemente, era un escándalo. ¿Cuál era el papel de este hombre en la casa de una joven opulenta, ocupada por completo en los asuntos mundanos? Por otra parte, entre las que eran pobres y rehuían entrar en un monasterio, un gran número encontraba asilo en casa de los eclesiásticos. Recibían el nombre de *hermanas espirituales*, “*agapetaí*”, esto es, “queridas”, llamadas irónicamente.

El escándalo era doble: vírgenes y eclesiásticos eran infieles a las prescripciones de la disciplina. Crisóstomo hizo cesar este abuso. “De aquí la irritación de la casta del clero ajena al amor de Dios y abrasada de aquella pasión”<sup>22</sup>. Nada le paró. No se limitó a prohibir a los clérigos estas relaciones equívocas; publicó sobre esta materia dos pequeños tratados<sup>23</sup>, verdaderas obras maestras de espíritu, de pasión, de elocuencia, que zahieren con virulencia ejemplar esta conducta hipócrita. Examina primero en qué casos un hombre puede cohabitar con una mujer. Encuentra dos: el matrimonio y la fornicación. “Desde hace poco, se ha producido un tercer caso. Algunos hombres tienen en su casa vírgenes de las que no son los esposos ni los amantes. ¿Para qué tienen estas vírgenes en su casa? Ellos dan muchas razones. He aquí las que yo doy: la sociedad con una mujer, fuera de toda unión legítima o ilegítima, tiene en sí un gran atractivo”.

No se puede creer que la concupiscencia no se despierte en ellos; en esta cohabitación, según él, no puede haber otra causa que amor y deseo. Estas mujeres, responden los clérigos, necesitan un defensor, un tutor. Pero para Crisóstomo eso no es más que una excusa. Los cléri-

22 Paladio, *Dial.* 5, 110-111: ἐντεῦθεν θλίβεται τὸ ἀφιλόθεον μέρος τοῦ κλήρου πρῆπτον τὸ πάθος.

23 *De virginitate* (SCh. 125), H. Musurillo-B. Grillet (eds.), Paris 1966; *Contra eos qui subintroductas habent virgenes* y *Quod regulares feminae viris cohabitare non debeant*, J. Dumortier (ed.), ambas bajo el mismo título en *Les Belles Lettres Les cohabitations suspectes*, Paris 1955. Crisóstomo se ha educado contra esta vida en común de los clérigos y de las vírgenes (*Cohabitaciones*, 3) y contra la presencia de mujeres en la casa de un clérigo (*ibid.* 9-10); además, el *Dial.* de Paladio 5, 105-110, invita a pensar que se trata de los clérigos que se ocupan demasiado cerca de las vírgenes. Cf. *ibid.* 7.

gos se justifican con el pretexto de ayudar y de proteger a la mujer. A lo que añade san Juan que hay pobres del sexo masculino, que hay mujeres viejas, enfermas, ciegas, con las que su caridad tendría más mérito. Y además, por ellas desatienden el servicio divino.

Ser así entregados a la malignidad pública, no por un enemigo, por un hereje, o por un hombre del mundo celoso de su influencia sobre las mujeres, sino por su jefe espiritual, por un hombre de una virtud inatacable; verse forzados a renunciar a las dulzuras de un comercio tan querido, a bajar la cabeza, a obedecer, sin intentar siquiera atreverse a protestar: así se comprende el odio que se acumuló en sus corazones, los dos exilios y su muerte en los desiertos de Armenia.

“Después ataca con su palabra a la injusticia, derribando la avaricia, metrópoli de todos los males, a fin de edificar la justicia”<sup>24</sup>. La codicia era de lo que se servía el poder imperial en la lucha de influencia que sostuvo contra la Iglesia<sup>25</sup>. La corte atraía a la Iglesia mediante favores, presentes, el esplendor de sus festines; los obispos y los sacerdotes, cuya ayuda le era necesaria para facilitar y justificar los excesos de una potencia que solamente la Iglesia hubiera podido limitar. Estas cobardes complacencias, acompañadas de un parasitismo degradante, arruinaban en el espíritu del pueblo toda la autoridad moral del sacerdocio. Se comprende claramente que este clero cortesano no quisiera ver sentarse sobre la sede de Constantinopla a un hombre que se había despojado de su patrimonio, que no buscaba en absoluto los favores de la corte, que rechazaba todas las invitaciones, y no temía dirigir con orgullo amonestaciones al emperador y a la emperatriz<sup>26</sup>.

Además de las liberalidades de la corte, el clero de Constantinopla encontraba en el tesoro de la Iglesia sumas considerables que, destinadas a aliviar a los pobres, eran consumidas por depositarios infieles en gastos personales o en representaciones inútiles. Los ingresos del erario eclesiástico tomaban a veces, ya por desidia, ya por mala voluntad de los gerentes, destinos inconfesables. En vista de lo cual, Crisóstomo

24 Paladio, *Dial.* 5, 112-114: Μετ' ἐκείνον τὸν λόγον ἄρχεται κατὰ τῆς ἀδικίας καταστρέφων τὴν μητρόπολιν τῶν κακῶν τὴν πλεονεξίαν εἰς οἰκοδομήν τῆς δικαιοσύνης.

25 Cf. P. Albert, *op. cit.*, p. 53.

26 Cf. G.H. Mesnart, *Histoire de la vie et des ouvrages de saint Jean Chrysostome*, 3, 7, donde “el santo condena la afición a la buena comida de los padres de su iglesia que frecuentaban la mesa de los grandes”.

tomó en sus manos los registros de la economía y, sin tener en consideración las pretendidas necesidades de su clero, empleó todo el dinero en construir hospitales<sup>27</sup>. Él mismo renunció a la parte que le correspondía del tesoro de la Iglesia.

Había también en Constantinopla una multitud de monjes que abandonaban sus soledades para venir a gozar de las distracciones de la ciudad, a mezclarse en las intrigas entre los obispos, y sobre todo a aprovecharse de la devoción de los cristianos sin recelo. La mayoría no había abrazado la vida cenobítica más que para escapar de los cargos públicos<sup>28</sup>, tan onerosos en esa época. Otros no eran más que pastores o esclavos fugitivos, encantados de vivir sin hacer nada, y de ser honrados fuera de lo convenido. A estos holgazanes, a estos vagabundos que Crisóstomo no temió en absoluto tratar de mendicantes e impostores<sup>29</sup>, los devolvió a sus celdas.

27 Paladio, *Dial.* 5, 128-134: μετὰ τοῦτο διερευνᾷ τὰ βρέβια τοῦ οἰκονομοῦ καὶ εὐρίσκει ἀνάλωμα οὐκ ὠφελούν τὴν ἐκκλησίαν· προστάσσει τούτων ἀργεῖν τὴν ἐπικουρίαν. ἔρχεται εἰς τὸ μέρος τοῦ ἀναλώματος τοῦ ἐπισκοπέου καὶ εὐρίσκει δαψίλειαν οὐ τὴν τυχοῦσαν καὶ κελεύει μετενεχθῆναι τὴν πολυτέλειαν τούτων εἰς τὸ νοσοκομεῖον. περιττεούσης δὲ τῆς χρείας, κτίζει πλείονα νοσοκομεῖα..... “A continuación, inspecciona los libros de cuentas de la administración y allí encuentra gastos inútiles para la Iglesia; ordena suprimir la subvención que les estaba asignada. Luego pasó al presupuesto de la casa episcopal, que encuentra demasiado elevado; ordena transferir el importe de estos gastos suntuosos al hospital. Como las necesidades en este dominio eran inmensas, funda varios hospitales...”.

Esta liberalidad de la que Nectario era responsable, se marcaba sobre todo por fastuosas recepciones. Por el contrario, los historiadores de Juan concuerdan en subrayar su austeridad y, como consecuencia, los cambios traídos al tren de vida del palacio episcopal. Cf. Socrates, *HE* 6, 4: ὅτι δι’ ὑπερβάλλουσιν ἄσκησιν τοῦτο ἐποίει.

Sobre las fundaciones hospitalarias de la Iglesia en esta época, cf. G. Dagron, *op. cit.*, pp. 510-511.

28 Es sabido que Valente persiguió con cierta obstinación a los monjes, que por centenas abandonaban sus obligaciones cívicas (la milicia y la Curia principalmente). Cf. F.J. Lomas “Teodosio, paradigma de príncipe cristiano”, *Studia Historica* 8 (1990), pp. 153-154. La ley de Valente de 375 obligaba a los monjes al servicio militar: los recalcitrantes habían de morir a palos. Cf. *Codex Theodosianus* XII, I, 63; E. Stein, *Histoire du Bas-Empire*, Paris 1959, pp. 148 y ss. y A. Piganiol, *L’empire chrétien (325-395)*, Paris 1972, p. 181.

San Jerónimo nos dirá en su *Chron. ad ann.* 377: *Multi monachorum Nitriae per tribunos et milites caesi; Valens lege data ut monachi militarent nolentes fustibus iussit interfici*, “Muchos monjes de Nitria fueron matados por tribunos y soldados; cuando dio Valente la ley de que los monjes militarán, mandó que fueran asesinados a palos los que no quisieran”.

29 Cf. Crisóstomo, *In epistolam ad Hebraeos*, hom. 15 (PG 63, 9-236).

En cuanto al clero, la consideración de la que gozaba tampoco era mayor. Ya Gregorio Nacianceno, veinticinco años antes, había corregido en términos enérgicos el lujo de estos sacerdotes a los que el vecinaje y las pompas de la corte habían corrompido. La prosperidad creciente de la Iglesia, el favor declarado de los emperadores, no habían hecho más que multiplicar sus vicios. En el s. V, la consideración del clero en Oriente estaba casi arruinada<sup>30</sup>.

Estos vicios estaban, por lo tanto, bien enraizados cuando Crisóstomo se propuso extirparlos: los sacerdotes, invitados a una vida más seria y más despegada de las riquezas, se sentían ofendidos; los monjes, invitados a una residencia más estable, se lamentaban de sufrir persecuciones por parte del obispo. No hay nada de extraño en que sucumbiese en esta tarea, sobre todo cuando pensamos en el acaloramiento de sus censuras, en la inflexibilidad de su humor. Pero, a pesar de todo, seguía impertérrito en la reforma de las costumbres, sobre todo, de las del clero. Incapaz de disimular sus sentimientos, violento en sus críticas, no temía en absoluto ostentar delante del pueblo la corrupción de los ministros del Evangelio.

“San Pablo dice que hace falta reprender a los pecadores en presencia de todo el mundo; pero los que deberían hacerlo están enfermos ellos mismos y, no estando sana la cabeza, no es posible que el resto del cuerpo se porte bien...”<sup>31</sup>.

“Hombres corruptos, llenos de vicios y de infamias, se han apropiado de las iglesias con violencia; y las más santas dignidades se han convertido en cargas venales. Si alguien está acusado de pecados que ha cometido, no se apresta en absoluto para probar su inocencia; sino que se ocupa de encontrar cómplices, y ahí está toda su justificación”<sup>32</sup>.

Cada día revelaba nuevos desórdenes, necesitaba nuevas medidas de severidad, suscitaba nuevos enemigos. Los obstáculos que se encuentra irritan, los odios que se levantan exasperan.

Las murmuraciones habían comenzado; los descontentos se acercaron, y no tardaron en tramar la caída de Juan. Pero a medida que el

30 Isidoro de Pelusia lo deplora con amargura y lo explica con las mismas razones. Cf. *Epist.* 5, 278.

31 Crisóstomo, *In epistulam ad Ephesios*, hom. 8 (PG 62, 54-70).

32 *Ibidem*.

número y la cólera de sus enemigos crecía, el pueblo se apiñaba más estrechamente alrededor de él, le animaba por los testimonios brillantes con los que les obsequiaba, y se mantenía dispuesto a defenderle. Y es que una cosa es cierta: el pueblo de Constantinopla no abandonará nunca a su obispo. Los historiadores de este tiempo, Sócrates y Sozomeno, no han dejado de comprender esta situación completamente nueva de un obispo, expuesto al odio del clero y de los grandes y, en cambio, amparado por una multitud indocta y devota:

“Ganó el afecto de los pueblos reprendiendo enardecidamente los vicios, demostrando la misma indignación contra las injusticias y las violencias como si se las hubiesen hecho a él mismo. Esta libertad complacía en extremo a los pequeños y a los débiles; pero disgustaba a los grandes y a los poderosos, que eran a menudo culpables de los vicios que reprendía”<sup>33</sup>.

“Los sermones de Juan conquistaron el afecto del pueblo, así como la libertad que utilizaba hacia los eclesiásticos y hacia los grandes atrajo sus odios. Es cierto que no los utilizaba contra ellos, y que reprendía a los primeros cuando se alejaban de sus deberes, y declamaba con vehemencia contra los otros cuando utilizaban mal sus riquezas o se abandonaban al despilfarro”<sup>34</sup>.

Sócrates no se expresa de manera diferente: solamente vemos cómo manifiesta un cierto reproche en su apreciación de las reformas que llevó a cabo Crisóstomo: “Cuando llegó a la dignidad episcopal, utilizó una enorme severidad para reformar, como pretendía, la vida de los eclesiásticos [...]. Pero el pueblo despreciaba sus quejas, estimando en extremo los discursos que pronunció en la Iglesia”<sup>35</sup>.

33 Sozomeno, *HE* 8, 2: Ἐντεῦθεν καὶ τὸ πλῆθος ἤρει, καὶ μάλιστα καθὼς πολὺς ἦν διελέγχων τοὺς ἁμαρτάνοντας, καὶ ἐπὶ ἐκκλησίας, καὶ πρὸς τοὺς ἀδικοῦντας, ὡς αὐτὸς ἠδικημένος, σὺν παύρησι ἀγανακτῶν. Τοῦτο δὲ τοῖς μὲν πολλοῖς εἰκότως χάριεν ἐτύχχανε· λυπηρὸν δὲ τοῖς πλουσίοις καὶ δυναμένοις, παρ’ αἷς τὰ πολλὰ τῶν ἁμαρτημάτων ἐστίν.

34 Sozomeno, *HE* 8, 8: Ἰωάννης δὲ ἐκ τούτων, καὶ τῶν ἐπ’ ἐκκλησίας λόγων, πρὸς μὲν τὸν δῆμον ἐπέδιδου τὸ φίλτρον, μῖσος δὲ πρὸς τοὺς δυνάμενος καὶ τοὺς κληρικοὺς ἐκ τῆς κατ’ αὐτὸν παύρησις. Τοὺς μὲν γὰρ ἀδικοῦντας ὄρωι, ἤλεγγχε τοὺς δὲ πλούτω, καὶ ἀσεβεῖα, καὶ ἡδοναῖς ἀσέμνοισι διεφθαρμένοις, ἀνήγε πρὸς ἀρετῆν.

35 Sócrates, *HE* 6, 4: Τοιοῦτος ὦν τὸ ἦθος, καὶ ἐπὶ τὴν ἐπισκοπὴν προβληθεὶς, μείζουσι ἢ ἐχρῆν τῇ ὀφρῷ κατὰ τῶν ὑπηκόων ἐκέχρητο, διορθοῦν τοὺς βίους τῶν ὑφ’ αὐτῷ κληρικῶν, ὡς ᾤετο, προαιρούμενος. [...] Ὁ μὲντοι λαὸς, διὰ τοὺς ἐν τῇ ἐκκλησίᾳ λεγομένους ὑπ’ αὐτοῦ λόγους, σφόδρα συνεκρότει καὶ ἡγάπα τὸν ἄνθρωπον, μικρὰ φροντίζων τῶν κατηγορεῖν ἐπιχειρούντων αὐτοῦ.

Uno de sus más encarnecidos adversarios fue Severiano, obispo de Gábalá en Celesyrie<sup>36</sup>. Su odio por Crisóstomo fue tan vivo como lo fue antes su amistad. Vino a establecerse en Constantinopla para hacer fortuna. Severiano empezó a deslizarse en la confianza de Crisóstomo con una actitud hipócrita de virtud y de austeridad, al mismo tiempo que sus bajas adulaciones al emperador y a la emperatriz le llevaron a una potente protección en el caso en que sus intrigas y su falsedad fuesen desenmascaradas. Crisóstomo, engañado por él, le confió el cuidado de la predicación durante el viaje de tres meses que realizó a Éfeso con motivo de la destitución de seis obispos culpables de simonía<sup>37</sup>. Severiano aprovechó su estancia para granjearse amistades en la corte<sup>38</sup> y, con discursos ambiguos en la Iglesia, trató de alejar el corazón del pueblo de su obispo. A su vuelta, le encontró con excesivo poder al lado de la emperatriz, a cuyo hijo, el joven Teodosio, había bautizado, y a la cabeza de un partido entre los eclesiásticos. Esta liga tenía evidentemente como fin forzar a Juan a su retiro, y situar a

36 Sócrates, *HE* 6, 11: Ἡὔξησε δὲ τὸ κατὰ Ἰωάννου μῖσος καὶ ἕτερον ἐπισημῶν τοιούτων· Δύο ἐπίσκοποι κατ' αὐτὸν ἠνθῆσαν. Σύροι ὄντες τὸ γένος, Σεβηριανὸς καὶ Ἀντίοχος. Σεβηριανὸς μὲν Γαβάλων, πόλις δὲ αὕτη τῆς Συρίας· “Creció enardecidamente el odio contra Juan por otras causas de diferente índole: dos obispos, contemporáneos de él, de nacionalidad siria, Severiano y Antíoco. Severiano de Gábalá, ciudad de Siria”.

Severiano de Gábalá tenía reputación por su elocuencia y su conocimiento de las Escrituras. Se benefició de las magnificencias de Olimpia, cf. *Vie d'Olympias* (Sch. 13bis, 438). En todo el *Diálogo* de Paladio, Severiano se encuentra a la cabeza de los enemigos de Juan. Él fue uno de los instigadores del Sínodo de la Encina. Independientemente de la hostilidad de Severiano contra Juan, hace falta tener en cuenta el valor de su obra exegética y doctrinal, en la línea de la escuela de Antioquía. Se discute sobre el número de sus homilías, de las que la mayoría han sido atribuidas a Juan Crisóstomo (cf. *CPG* n. 4185-4287). El último estado de las investigaciones sobre Severiano se encuentra en M. Aubineau, “Un traité inédit de christologie de Sévérien de Gabala, In centurionem et contra Manichaeos et Apollinaristas”, en *COr* 5 (1983).

37 Cf. P. Albert, *op. cit.*, pp. 59-62.

38 Sócrates, *HE* 6, 10: Παρέλκοντος δὲ αὐτοῦ κατ' αὐτὴν, ὁ Σεβηριανὸς ἐν τῇ Κωνσταντινουπόλει ἐρασιμώτερος τοῖς ἀκροαταῖς ἐγίνετο. Καὶ ταῦτα οὐκ ἐλάττωσε μὲν τὸν Ἰωάννην· ταχέως γὰρ αὐτῷ τὰ γινόμενα διηγέλλετο.

39 Sarapión, arcediano de Juan. Muy violento, se enemista con Severiano durante el viaje de Juan a Asia. Después del Sínodo de la Encina, Juan lo ordena para suceder a Pablo, obispo de Heraclea. Es depuesto en el año 404, torturado y exiliado a Egipto, su patria, *Dial.* 20, 44-47: Σαραπίωνα δέ, μετὰ μυρίας ἀναποδέκτους συκοφαντίας, ὁμιότητι δικαστῶν καθυβρίσαντες αἰκισμοῖς τὸ σῶμα μέχρις ἐκκοπῆς τῶν ὀδόντων, ὡς λόγος, εἰς τὴν ἰδίαν πατρίδα περιώρσαν, “Sarapión, después de una infinidad de calumnias sin fundamento, debió someterse a la crueldad de sus jueces que le colmaron de torturas físicas, llegando hasta a arrancarle los dientes, según se dice, y lo desterraron en su propia patria”.

Severiano como sucesor. Es al menos el complot que Sarapión<sup>39</sup> denunció a su obispo a la vuelta de Éfeso. Crisóstomo, irritado, expulsó a Severiano de Constantinopla<sup>40</sup>. *El pueblo se alegró*<sup>41</sup>, dijo, como para justificar ante sus propios ojos la severidad y la arbitrariedad de la medida. Pero inmediatamente la emperatriz exigió su vuelta. Crisóstomo rechazó, no obstante, verlo y admitirlo en su comunión. Sin embargo, se dejó doblegar por Eudoxia, que le suplicó en el nombre de su hijo. Los dos obispos se reconciliaron públicamente, y pronunciaron para esta ocasión una homilía ante los fieles reunidos en asamblea<sup>42</sup>. El historiador Sócrates, poco favorable a Crisóstomo, pretende que ellos se guardaron mutuamente rencor; la reconciliación no fue más que aparente. La conducta de Severiano justifica esta acusación. El carácter honesto, pero violento, de Crisóstomo no la rechaza absolutamente. Su excusa, si la necesitara, es su odio por todo lo que era mentira y vicio. Se puede perdonar a un enemigo que no se estima en absoluto, y sin embargo, seguir sin estimarlo<sup>43</sup>.

Tal era el clero de la diócesis de Constantinopla, mejor dicho, el clero de todo Oriente. La ruina del paganismo, que aquí fue más rápida que en Occidente, la seguridad, el favor de los emperadores<sup>44</sup>, la facilidad general de las costumbres, habían como dormido la energía

40 Sócrates *HE* 6, 11: Μη μελλήσας οὖν ὁ Ἰωάννης ἐξελαίνει αὐτὸν τῆς πόλεως.

41 Crisóstomo, *De regressu de Asia*, PG 52, 421. A su vuelta, una verdadera muchedumbre viene a acogerlo con entusiasmo y en el discurso que pronuncia al día siguiente tiene hondas palabras de reconocimiento hacia sus hijos y evidentemente alusiones a Severiano y a Eudoxia: "Así pues, no tengo motivo alguno para arrepentirme de haber prolongado mi ausencia. Estaba demasiado seguro de vuestro afecto y de la integridad de vuestra fe. Yo sabía que lo que constituía la protección de mi esposa era su castidad [...] Veo que mi vuelta os colma de alegría, y esta alegría es para mí como una corona de gloria [...] ¿Cómo expresaros la felicidad que experimento al volver a tomar posesión de mi paraíso? y, ¿no ha tenido, quizás, este paraíso mío, mejor suerte que aquel otro donde había una serpiente insidiosa, una Eva seductora, y un Adán seducido? En el mío, encuentro una Iglesia con una corona de fieles, encuentro un pueblo que ha seguido siendo dócil a Dios".

42 Crisóstomo *Homilía de recibiendo Severiano*, PG 52, 423-426. La respuesta de Severiano: *Homilía de pace* (texto griego CPG n. 4214).

43 Crisóstomo tenía probablemente en vista a Severiano de Gábara *In epistulam II ad Corinthios*, hom. 27 (PG 61, 381-610).

44 Es en el reinado de Teodosio o quizá más exactamente en el de Arcadio cuando el emperador se hace residente, la capital se sacraliza de alguna manera y el gobierno se burocratiza. Durante el siglo IV, los emperadores son bravos soldados que conducen las campañas personalmente. Con Arcadio el emperador deja de ser un hombre de armas, para convertirse en centro del Imperio, pero un centro cada vez más sagrado. Cf. G. Dagron, *op. cit.*, p. 86; 276; 106.

heroica del cristianismo militante, y debilitado estas recias virtudes suscitadas por la persecución. Los frutos de la victoria comprometían a la victoria misma, y las Iglesias de Oriente se encaminaban por el olvido de su independencia y el de la antigua disciplina a esta deplorable escisión que las colocó fuera del gran movimiento de expansión y de conquista que el papado dirigió sólo en la Edad Media<sup>45</sup>. Un lazo a menudo invisible, pero real, ata entre sí los acontecimientos que parecen no tener ninguna relación directa. Es cierto que la debilidad y la corrupción del gobierno imperial, esta lenta, pero siempre progresiva descomposición del Imperio<sup>46</sup>, unido a la desorganización del poder civil, tuvieron una influencia considerable y funesta sobre la sociedad religiosa y sobre el clero. El Imperio de Occidente sucumbió, pero el papado permaneció de pie en el medio de sus ruinas; la Iglesia se creció con los despojos de la potencia romana. Con Hilario, Ambrosio, Agustín, y el genio colectivo de sus papas, pronto se colocó fuera y por encima de los destinos de la potencia política, y continuó su obra de organización independiente a través de todas las catástrofes, bajo todos los gobiernos. El Imperio de Oriente no pereció en absoluto, y esto fue una desgracia para la Iglesia: la ruina del Imperio la hubiera salvado; los bárbaros la hubieran respetado; hubiera establecido sobre ellos una dominación saludable para ambos. Se hacía necesaria una sacudida violenta. Asfixiado por la influencia malsana del despotismo, el espíritu del cristianismo, este espíritu poderoso que había suscitado a Atanasio, Basilio, Gregorio de Nisa, Gregorio Nacianceno, languidecía, se apagaba. Crisóstomo es el último gran hombre que haya produ-

45 El decreto dictado en el año 380 por los emperadores Valentiniano II, Graciano y Teodosio I, en virtud del cual la religión cristiana quedaba proclamada como religión oficial del Imperio, no era simplemente un paso de significación histórica universal, sino el instrumento apto para que el Papado (la iglesia de Roma) quedara consagrado como institución de gobierno. A partir de entonces hubo una única religión reconocida por el aparato gubernamental del Imperio y, por lo tanto, una única fuerza religiosa apoyaría la unidad del Imperio. De ahora en adelante, el Papado empieza a actuar como institución de gobierno propiamente dicha, respaldado por la ley. Cf. W. Ullmann, *Historia del pensamiento político en la Edad Media*, Barcelona 1983, pp. 22 ss.

46 De 395 a 410 es cuando surge la división del Imperio. Sus dos mitades ya no volverán a unirse. Los emperadores, que hasta entonces se habían considerado como corregentes de una misma realidad, se independizan. Poderosas razones externas han jugado un papel decisivo en esta evolución del Imperio. La segunda mitad del siglo IV está dominada por una serie de continuas invasiones de los pueblos limítrofes. Cf. A. González Blanco, *Economía y sociedad en el Bajo Imperio según san Juan Crisóstomo*, Madrid 1980, pp. 11-13. A esto hay que añadir también razones internas: institucionales, religiosas y económicas.



cido la Iglesia de Oriente. Después de él, el único nombre ilustre es el del bibliófilo y patriarca bizantino Focio, en el s. IX.

Crisóstomo no era un hombre político: no preveía los desastres irreparables que iban a seguirse de esta unión funesta de la Iglesia y del Imperio; pero su espíritu, profundamente penetrado por los principios del cristianismo, su alma orgullosa y libre, hicieron de él el último representante de la independencia y la pureza de la Iglesia en Oriente. Fracásó en esta tentativa de emancipación; pero el pueblo, cuyos instintos son seguros, que aplasta y desprecia el gobierno del emperador y el alto clero, lo acogió como un protector, lo animó, lo aplaudió en su obra, lo defendió cuando estuvo amenazado, no lo olvidó en absoluto cuando la violencia lo arrancó de su sede, y obligó al hijo de Arcadio y de Eudoxia a postrarse ante los restos del obispo mártir, a implorar su perdón para los perseguidores coronados. Pero no adelantemos acontecimientos.

Paradójicamente, aunque Crisóstomo no fuera un hombre político, sin embargo estuvo mezclado con los acontecimientos más importantes del reinado de Arcadio<sup>47</sup>, como la caída de Eutropio o la revolución de Gainas. Débil y violento, el gobierno imperial intentó tres veces alcanzar los privilegios de la Iglesia, primero en favor de Eutropio, después contra él, y finalmente para complacer a Gainas y desarmarlo. Crisóstomo los defendió contra el favorito todopoderoso, contra el emperador asustado, contra el mercenario que amenazaba.

Desde hacía tres años Arcadio reinaba en Oriente. El verdadero señor del gobierno era el eunuco Eutropio, esclavo de Armenia, que, mezclado primero entre los eunucos de la cámara imperial, se ganó el

47 Primer soberano de la dinastía teodosiana, heredó a los diecisiete años la parte oriental del Imperio de su padre Teodosio (la parte occidental fue gobernada por su hermano Honorio), que dirigió del año 393 al 408. Hombre de débil carácter, estuvo muy influido por personajes de la Corte que le allanaron la amenaza de los godos, aunque no lograron acallar las denuncias de Juan. Durante su reinado, la parte oriental del Imperio estuvo tan apurada política y estratégicamente, que se temió por su duración. Pero la *Nueva Roma*, por su admirable situación y sus fuertes defensas, resistió la primera etapa de las invasiones; visigodos, hunos y ostrogodos fueron desviados diplomáticamente hacia Occidente, ocasionando el hundimiento del gobierno de esa parte, lo que, en el ámbito institucional, supuso, al menos teóricamente, la reunificación del Imperio Romano, cuyo eje definitivo sería ya, a lo largo de mil años, Constantinopla. Cf. S. Claramunt, *Nacimiento y primer esplendor del Imperio Bizantino: de Constantino a Justiniano (330-565)*, en VV.AA., *Historia de la Edad Media*, Barcelona 1992, pp. 27-28.

favor del joven príncipe, y se hizo otorgar las más altas dignidades del Estado.

Con esto, sus ambiciones se avivaron más que quedar satisfechas. Al ver que Rufino tramaba unos planes similares a los de él, esto es, tener máxima influencia y contar con un valioso instrumento de dominación, hubo de pensar cómo se desharía de él. Este Rufino gobernaba Oriente durante la minoría de edad de Arcadio en calidad de tutor y, en sus planes de grandeza, pensaba casar a su hija con Arcadio. Eutropio, adelantándose en tiempo y en astucia, hizo casar a Arcadio con Eudoxia<sup>48</sup>, hija del *magister militum* franco Baudón, y, como pago al favor de una unión tan alta, esperaba sin duda convertirla en una fiel aliada. La autoridad que ejercía el eunuco era absoluta. La comprometió y la arruinó, porque, como ordinariamente hacen los advenedizos, hizo sentir esta autoridad dura y torpemente a aquellos mismos de los cuales la obtenía.

Sus concusiones, sus rapiñas, su crudeza, y por encima de todo, su insolencia, le habían hecho odioso para el pueblo. Únicamente la Iglesia había sido respetada por él. Pero pronto se atrevió a atacarla.

El derecho de asilo<sup>49</sup>, una de las más bellas herencias que la religión cristiana haya recibido del paganismo, era reconocido y consagrado por las leyes. Constantino lo concedió el primero; Teodosio había extendido sus privilegios, no solamente al altar y al recinto mismo del templo, sino a todos los lugares contiguos, galerías, patios, jardines, e incluso a la casa del obispo<sup>50</sup>.

48 Cf. Zósimo, *Historia Nova*, 5, 3: ταύτην Εὐτρόπιος, εἰς τῶν περὶ τὴν βασιλικὴν Θεραπείαν εὐνοούχων, ἀγαγέσθαι παρήκει τῷ βασιλεῖ [...] ταύτη τε πρὸς μείζονα τὸν Ἀρκάδιον ἐγείρας ἐπιθυμίαν ἔπεισε τὸν ταύτης γάμον ἐλέσθαι, "Eutropio, uno de los eunucos encargados del servicio imperial, exhortaba al Emperador a desposarla [...] hasta persuadirle de que la tomase en matrimonio". La boda se celebró el 27 de abril de 395.

49 El derecho de asilo permitía a los culpables refugiarse en las iglesias. Cf. J. Gaudemet, *L'Église dans l'Empire romain, IV et V s.*, Paris 1958, pp. 282-284. Es así como Eutropio se refugia en la Iglesia después de haber sido desterrado. Cf. Crisóstomo, *In Eutropium* (PG 52, 393, 53-57 y 394, 1): Τίνας γὰρ ἔνεκεν ἀγανακτεῖς, εἰπέ μοι, ἀγαπητέ; Ὅτι, φησὶν, εἰς ἐκκλησίαν κατέφυγεν ὁ πολεμήσας αὐτὴν διηλεκῶς. Διὰ τοῦτο μὲν οὖν μάλιστα δοξάζειν ἐχρῆν τὸν Θεόν, ὅτι ἀφήκεν αὐτὸν ἐν τοσαύτῃ καταστῆναι ἀνάγκῃ, ὥστε καὶ τὴν δύναμιν τῆς Ἐκκλησίας καὶ τὴν φιλανθρωπίαν μαθεῖν.

50 *CTh* IX, 45, 4.

Es cierto que en una sociedad en que la arbitrariedad y la violencia tenían tanta cabida, y la libertad individual tan pocas garantías, una institución así no tenía los inconvenientes que tendría en nuestros días, e incluso era buena en sí. Aunque sustraía a la acción de la justicia a algunos culpables, no era en principio más que por un tiempo; y preservaba los días de bien de los inocentes. Daba a los obispos el tiempo de interceder en favor de los desgraciados; impedía estas salvajes ejecuciones en las que no se veía más que la mano del verdugo, jamás la autoridad de la ley. Eutropio hizo revocar por Arcadio este privilegio de la Iglesia<sup>51</sup>, después de haberlo violado él mismo y después de que Crisóstomo se opusiese a ello<sup>52</sup>, recordándole las leyes imperiales que dan a una institución religiosa y canónica la majestad y la fuerza de una ley del Estado.

La insolencia de Eutropio después de un triunfo semejante no tuvo más límites. Con estupor de los senadores y próceres, para los cuales no había memoria de haberse concedido a un eunuco tales honores, se hizo nombrar patricio, cónsul y tercer fundador de Constantinopla, alegando supuestos méritos de una expedición militar contra los hunos.

Pero la caída de Eutropio fue terrible, imprevista, y escandalosa, como su ascensión<sup>53</sup>. Arcadio le había confiado la dirección soberana del Estado: el eunuco pretendió gobernar la casa misma del emperador, y hacer plegar bajo su autoridad el carácter altanero de Eudoxia. Ésta,

51 La ocasión se debió a una dama, llamada Pentadia, viuda de un perseguido ilustre, muerto de sed en un desierto africano, perseguida a su vez por Eutropio, que quería despojarla de sus bienes, y que se acogió al citado derecho, penetrando en una iglesia. Por esta razón Eutropio, para que no se le escapase de las manos la adinerada víctima, proscribió el privilegio.

52 Sozomeno, *HE* 8, 7: Εὐτρόπιου δὲ σπουδῆ τίθεται νόμος, προστάτων μηδαμῆμηδένα εἰς ἐκκλησίαν καταφυγεῖν, ἐξελαύνεσθαι τε καὶ τοὺς ἤδη προσπεφευγότες. Οὐκ εἰς μακρὰν δέ, ὡς εἰς τὴν βασιλέως γαμετὴν ὑβρίσας ἐπιβουλεύσεις, πρῶτος αὐτὸς παρέβη τὸν νόμον. Καὶ ἀποδράς ἐκ τῶν βασιλείων, ἰκέτης τὴν ἐκκλησίαν κατέλαβεν.

Sócrates, *HE* 6, 5: Εὐτρόπιος γὰρ εὐνούχος προεστὼς τοῦ βασιλικοῦ κοιτῶνος, καὶ τὴν τοῦ ὑπάτου ἀξίαν πρῶτος εὐνούχων παρὰ βασιλέως λαβὼν, ἀμύνασθαι τινὰς προσφεύγοντας τῇ ἐκκλησίᾳ βουλόμενος, σπουδὴν πεποιήτο νόμον παρὰ τῶν αὐτοκρατόρων προτεθῆναι, κελεύοντα μηδένα προσφεύγειν ταῖς ἐκκλησίαις, ἀλλὰ καὶ τοὺς ἤδη προσφεύγοντας. Δίκη δὲ εὐθὺς ἐπηκολούθει. Προῦκειτο γὰρ ὁ νόμος, καὶ μετ' οὐ πολὺ προσκρούσας τῷ βασιλεῖ ὁ Εὐτρόπιος, ἐν τοῖς πρόσφυξιν ἦν.

53 La vertiginosa ascensión hay que datarla en 395, cuando Juan se hallaba todavía en Antioquía. Al año siguiente de ser nombrado obispo, en 399, se celebraron grandes fiestas con motivo de su elevación consular.

amenazada por él con una repudiación ignominiosa, se tira a los pies de Arcadio, le presenta sus dos hijos, y pide justicia por la afrenta<sup>54</sup>. Débil y violento, más esclavo aún de su mujer que de su ministro, el emperador arrebató a Eutropio todas sus dignidades, todos sus bienes, y lo expulsa de la corte y de la ciudad.

Otra causa<sup>55</sup> menos probable se baraja en la caída del poderoso chambelán. Trebigildo era uno de esos godos que había entrado a servir al Imperio y en premio por sus servicios se le había dado el gobierno de la Frigia. Descontento por estimar que la recompensa estaba por debajo del mérito, envidioso además de Eutropio, optó por sublevarse e inició una campaña de devastaciones. El emperador, para conjurar la rebelión, envió a Gainas. Daba la casualidad que ambos en común habían ayudado a Eutropio para eliminar a Rufino; ambos se creían postergados, y esta circunstancia creaba entre ellos un lazo de complicidad y de simpatía. De esta situación Gainas hizo un doble juego: simuló que hacía la guerra contra Trebigildo, mas por debajo se entendía con él. Y en uno de sus informes escribió al emperador que Trebigildo era invencible y que el único medio de desarmarlo era regalarle la ruina del omnipotente ministro.

Sea como fuere, Constantinopla está feliz. La tiranía, las rapiñas, la crudeza, y por encima de todo, la baja condición de Eutropio van de boca en boca. Se ha cesado de temerle, se le quiere castigar. Eutropio es perseguido por el pueblo. No encuentra refugio porque él mismo cerró ante los desafortunados y los culpables las puertas de la Iglesia. Sin embargo, es a la Iglesia donde va a pedir asilo. Pero se presentan los soldados en nombre del emperador para arrancarle del altar que tiene abrazado. Crisóstomo les impide la entrada al templo. Atrapado por ellos y conducido ante Arcadio, obtiene para Eutropio el beneficio de este derecho de asilo que él mismo había hecho revocar.

La famosa homilía sobre Eutropio<sup>56</sup>, en el año 399, no solamente es una obra de arte de elocuencia, sino que el sentimiento que la ha inspirado es celebrado como el más brillante triunfo del verdadero espíritu de la caridad cristiana. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que si

54 Filostorgio, *HE* 11, 6.

55 Cf. F. Arrarás, *Vidas. San Juan Crisóstomo*, Madrid 1943, pp. 76-77.

56 Crisóstomo, *In Eutropium* (PG 52, 391-396). Los soldados cercaron la iglesia donde se había refugiado Eutropio reclamando su muerte, pero la intervención de Crisóstomo logró que abandonara su refugio bajo la promesa de salvar la vida. Cf. E. Demougeot, *De l'unité a la division de l'Empire romaine*, Paris 1951, pp. 230-231.

Crisóstomo no hubiera protegido la vida de Eutropio, habría abolido él mismo el derecho de asilo. Analizará con complacencia las angustias del miserable; hará medir a esta multitud agitada y al ministro caído la altura y la rapidez de la caída, y de este terrible infortunio no sacará otras enseñanzas que la de la eterna fragilidad de las cosas humanas, lo inestable y fugaz de las terrenas ilusiones.

Veamos las primeras palabras con que se abre la homilía, donde ya se puede percibir el tono y la programación de toda ella:

“Siempre, más hoy sobre todo, es oportuno exclamar: Vanidad de vanidades y todo vanidad. ¿Dónde está ahora ese esplendor ilustre del consulado? ¿Dónde esas filas de antorchas que iban delante, y esos aplausos, y esas danzas, y esos banquetes, y esas fiestas? ¿Dónde las coronas, dónde los tapices colgados encima de su cabeza, la adhesión clamorosa de la ciudad, los gritos halagadores del teatro y del circo? ¡Todo eso se fue! Un solo golpe de viento ha despojado al árbol de su follaje, lo ha removido de sus raíces, lo ha arrancado y derribado por tierra. ¿Qué se hizo de aquellos falsos amigos, y de aquellos asiduos comensales, y de aquel enjambre de parásitos, de aquel engullir vino a lo largo del día, de aquellos artificios variados de la mesa? Fue el soñar de una noche, que con el amanecer se disipó; fue una flor de primavera, que se marchitó pasada la estación; fue un poco de humo desvanecido, una burbuja en el aire deshecha, una tela de araña desgarrada. Por eso no cesaré de repetir: Vanidad de vanidades, todo vanidad”<sup>57</sup>.

57 Cf. *In Eutropium* (PG 52, 391, 1-29): 'Αεὶ μὲν, μάλιστα δὲ νῦν εὐκαιρον εἶπεῖν· Ματαιότης ματαιότητων, καὶ πάντα ματαιότης. Ποῦ νῦν ἡ λαμπρὰ τῆς ὑπατείας περιβολή; ποῦ δὲ αἱ φαιδραὶ λαμπάδες; ποῦ δὲ οἱ κρότοι, καὶ οἱ χοροὶ, καὶ αἱ θαλῖαι, καὶ αἱ πανηγύρεις; ποῦ οἱ στέφανοι καὶ τὰ παραπετάσματα; ποῦ ὁ τῆς πόλεως θόρυβος, καὶ αἱ ἐν ἵπποδρομίαις εὐφημίαι, καὶ τῶν θεατῶν αἱ κολακείαι; Πάντα ἐκεῖνα οἴχεται· καὶ ἄνεμος πνεύσας ἀθρόον τὰ μὲν φύλλα κατέβαλε, γυμνὸν δὲ ἡμῖν τὸ δένδρον ἔδειξε, καὶ ἀπὸ τῆς ρίζης αὐτῆς σαλευόμενον λοιπόν· τοιαύτη γὰρ ἡ τοῦ πνεύματος γέγονε προσβολή, ὡς καὶ πρόβριζον ἀπειλεῖν ἀνασπᾶν, καὶ ταῦτα διασαλεύσαι τοῦ δένδρου τὰ νεῦρα. Ποῦ νῦν οἱ πεπλασμένοι φίλοι; ποῦ τὰ συμπόσια καὶ τὰ δεῖπνα; ποῦ ὁ τῶν παρασίτων ἔσμος, καὶ ὁ δι' ὅλης ἡμέρας ἐγχεόμενος ἄκρατος, καὶ αἱ ποικίλαι τῶν μαγείρων τέχναι, καὶ οἱ τῆς δυναστείας θεραπευταὶ, οἱ πάντα προς χάριν ποιούντες καὶ λέγοντες; Νῦν ἦν πάντα ἐκεῖνα καὶ ὕναρ, καὶ ἡμέρας γενομένης ἠφανίσθη· ἄνθη ἦν ἔαρινά, καὶ παρελθόντος τοῦ ἔαρος ἅπαντα κατεμαράνθη· σκιά ἦν, καὶ παρέδραμε· καρπὸς ἦν, καὶ διελύθη; πομφόλυγες ἦσαν, καὶ διεβράβησαν· ἀράχνη ἦν, καὶ διεσπᾶσθη. Διὸ ταύτην τὴν πνευματικὴν ῥῆσιν ἐπάδομεν συνεχῶς ἐπιλέγοντες· Ματαιότης ματαιότητων, καὶ πάντα ματαιότης.

Eutropio no se sintió seguro, a pesar de la protección de Crisóstomo, abandonó la Iglesia y se refugió en la isla de Chipre<sup>58</sup>. Después, sacado de este último asilo por una descuidada perfidia de Arcadio, fue asesinado<sup>59</sup>.

La amarga impresión que nos produce la primera homilía sobre Eutropio también la sintieron varios de los contemporáneos de Crisóstomo. Sozomeno nos enseña que eran enemigos del obispo. Nada lo prueba. He aquí cómo se expresa: “Juan pronunció contra Eutropio un discurso lleno de invectivas acerca del orgullo de los poderosos y de reproches hacia la inconstancia y la vanidad de las grandezas humanas. Sus enemigos sacaron de ello ventaja contra él, y le reprocharon haber insultado de esa forma a un hombre de condición que estaba en peligro de muerte, en lugar de tener compasión de su desgracia”<sup>60</sup>. Sócrates juzga de modo similar la homilía sobre Eutropio<sup>61</sup>. Por el contrario, Zósimo no siente suficiente indignación, siendo pagano, para deshorrar la descuidada emboscada de Arcadio<sup>62</sup>.

Es extraño que en su segunda homilía sobre Eutropio, Crisóstomo, tan libre de ordinario y tan poco mesurado, no haya dejado escapar la menor censura sobre una ejecución que se parecía tanto a un asesinato. Sin duda, no pudo perdonar a Eutropio el daño causado a los privilegios de la Iglesia. Puede también que entregase a la justicia imperial a un miserable que, desde hacía mucho tiempo, el odio del pueblo había condenado<sup>63</sup>.

58 Cf. Zósimo, *Historia nova*, 5, 18: αὐτὸν εἰς τὴν Κύπρον ἐκπέμπουσιν, ὑπὸ φυλακὴν ἀκριβῆ καταστήσαντες, “una vez puesto bajo rigurosa vigilancia, lo conducen a Chipre”.

59 Eutropio fue depuesto a finales del verano de 399 y ejecutado con anterioridad al 1 de enero de 400, transcurriendo varios meses entre su deposición y su muerte. Cf. G. Albert, *Goten in Konstantinopel. Untersuchungen zur oströmischen Geschichte um das Jahr 400 n. Chr.*, Paderborn 1984, p. 67 y J.H.N.G. Liebeschuetz, “The identity of Typhos in Sinesius ‘De providentia’”, *Latomus* 46 (1987), p. 428.

60 Sozomeno, *HE* 8, 7: Ἡνίκα δὴ λαμπρὸν τινα κατ’ αὐτοῦ ὑπὸ τὴν ἱερὰν τράπεζαν κειμένου κατέτεινε λόγον Ἰωάννης· τῶν μὲν ἐν δυνάμει τὴν ὄφρον κατασπῶν· τῷ δὲ λαῶ δεικνύς, ὡς οὐδὲν τῶν ἀνθρωπίνων ἐν ταυτῷ μένειν φιλεῖ. Οἱ γὰρ μὴν ἀπεχθανόμενοι πρὸς αὐτὸν, καὶ τοῦτο διέβαλλον, ὡς ἐλεεῖν δεόν τὸν περὶ ψυχῆς κινδυνεύοντα, ἤλεγχεν, ἐπεμβαίνων ταῖς αὐτοῦσυμφοραῖς. Sobre este asunto, cf. E. Demougeot, *op. cit.*, p. 230.

61 Sócrates, *HE* 6, 5: Προσθήκη δὲ τῇ διαβολῇ ἐποίει, ἢ κατὰ Εὐτροπίου τότε λεχθεῖσα ὑπ’ αὐτοῦ προσομιλία.

62 Zósimo, *Historia nova* 5, 18.

63 Cf. el texto de la sentencia de destierro pronunciada contra Eutropio en *CTh*, IX, 41, 17.

Uno de los más encarnecidos enemigos de Eutropio, el que contribuyó más poderosamente a su caída, fue el godo Gainas<sup>64</sup>. Celoso del poder de Eutropio, y aspirando a reemplazarlo, este bárbaro, expulsado de su país, primero simple soldado, y después jefe de la milicia, hace asolar las provincias de Asia por Tribigildo y amenaza al emperador en Constantinopla. Habiendo sido masacrado Eutropio, Gainas exige que el emperador se rinda en Calcedonia y que acepte las condiciones que él quiere imponer. Arcadio se humilla ante el bárbaro, que exige la cabeza de Aureliano, de Saturnino y del conde Juan<sup>65</sup>. Las víctimas son entregadas. Gainas se contenta con la imagen del suplicio, dice Zósimo<sup>66</sup>, y hace que el emperador le dé la comandancia general de los ejércitos<sup>67</sup>.

La historia de estos tiempos está llena de confusión y de incertidumbre<sup>68</sup>. Tenemos dificultades para seguir, en sus extrañas perturbaciones, este miserable reino de Arcadio, y en desenmarañar los acontecimientos en los que Crisóstomo tomó parte. Es bastante probable que fuese depuesto por el emperador para doblegar a Gainas, una primera vez, con el fin de obtener la vida de Saturnino, de Aureliano y del

64 Cf. G.H. Menart, *La vie de Saint Jean Chrysostome Patriarche de Constantinople et Docteur de l'Eglise*, Paris 1664, 4, 5, donde examina largamente esta cuestión tan oscura. El testimonio de Filostorgio 11, 6 es el principal fundamento de esta suposición, que por lo demás no tiene nada de inverosímil. Cf. también E. Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*, London 1776-1788, cap. 32. Sobre el asunto de Gainas, cf. Chr. Baur, *op. cit.*, vol. II, pp. 108 y 119 ss. y E. Stein, *Histoire du Bas-Empire*, Paris 1959, vol. I, pp. 234-237.

65 Importantes personajes de la corte, cuya cabeza reclama el jefe arriano Gainas.

66 Cf. *Historia nova* 5, 18: 'Ο μὲν οὖν βασιλεὺς καὶ ταύτην αὐτοῦ τὴν τυραννικὴν αἴτησιν ἀπεπλήρου, Γαίνης δὲ τοὺς ἀνδρας παραλαβὼν, καὶ τὸ ξίφος αὐτοῖς ἄχρι ψαῦσαι μόνον τοῦ σώματος ἐπιθείς, ἠρκέσθη τούτους ζῆμιωθῆναι φυγῆ. "El emperador, pues, satisfizo también aquella tiránica exigencia que Gainas le formulara, mas cuando Gainas tuvo a esos hombres se limitó a tocarlos con la espada hasta producirles un pequeño rasguño en la piel, bastándole que se les sancionara con el destierro".

67 Con la política de barbarización progresiva de Teodosio, que siguieron sus hijos Arcadio y Honorio al promulgar conjuntamente la *Ley de Hospitalidad* (por la que las familias germanas asentadas en el Imperio habían de disfrutar de parte de los bienes de las familias romanas que las hubieran acogido), hasta el año 476, e incluso más tarde, la defensa del Imperio fue quedando en manos de generales de ascendencia bárbara: el vándalo Estilicón y el panonio Aecio en Occidente; el godo Gainas y el alano Aspar en Oriente. Cf. S. Claramunt, *op. cit.*, p. 16.

68 De hecho, los reinados de Teodosio y de Arcadio son los años de la crisis. Lo que sale de ellos es algo esencialmente distinto de lo que había sido el Bajo Imperio durante el siglo IV. Es indudable que la mutación es consecuencia de las condiciones establecidas por Constantino y de los factores externos, principalmente del problema bárbaro. El resultado fue el bizantinismo. Cf. A. González Blanco, *op. cit.*, p. 13.

conde Juan; una segunda vez, para suplicar al bárbaro que perdonase al emperador, al que podía derrocar<sup>69</sup>. A la primera embajada se liga verosímilmente una homilía que tiene por título: *Sobre Aureliano y Saturnino*<sup>70</sup>. Crisóstomo explica a sus oyentes *que les ha abandonado con el fin de apartar de encima de la cabeza de sus señores la tormenta que les amenazaba*. Si no supiéramos en qué tiempo fue pronunciada, no podríamos explicar la tristeza profunda y el descorazonamiento del que parece llena el alma tan fuerte del obispo. Las miserias, la desolación, la incertidumbre del futuro eran tales que las multitudes debilitadas y abatidas creían próximo el fin del mundo. Los oráculos paganos lo habían anunciado para el año 400. De este descorazonamiento universal, Juan no estuvo exento; puede ser que no rechazase esta creencia popular. Ésta es la explicación más verosímil de las palabras tan tristes, y como proféticas, que pronunció entonces: “No hay nada estable ni seguro en los asuntos humanos: es como un mar en furia que cada día produce algún terrible naufragio. Todo está lleno de confusión y de desorden; por todas partes escollos y precipicios, arrecifes escondidos bajo las olas; por todas partes terror, peligros. Nadie se fía de nadie; cada uno tiene miedo de su vecino. Puede que hayan llegado esos tiempos predichos por el profeta en estos términos: ‘No tengáis en absoluto confianza en vuestros amigos ni tengáis confianza en los que os dirigen’. [...] ¿Por qué?. Porque los tiempos son malos. No hay amigo seguro, no hay hermano con el que se pueda contar. [...] Por todas partes falsas caras; muchas pieles de ovejas, pero debajo innumerables lobos<sup>71</sup>. Sería menos peligroso vivir entre enemigos declarados que con falsos amigos. Los que ayer os acariciaban, os adulaban, os besaban las manos, se convierten hoy en enemigos encarnecidos; han tirado la máscara; son los más amargos de los acusadores. Ayer, os

69 Teodoreto, *HE* 5, 32-33.

70 Crisóstomo, *Cum Aurelianus et Saturninus*, *PG* 52, 413-420. Además, el subtítulo con el que comienza es el siguiente: “Ότε Σατορνίνος καί Αύρηλιανός έξωρίσθησαν. καί Γαίνως έξήλθε τής πόλεως· καί περί φιλαργυρίας (*PG* 52, 413, 44).

71 Es ésta una comparación que nuestro autor utiliza con frecuencia, estableciéndola con los maniqueos. Cf. sermón primero *in Genesim*, *PG* 54, 585, 3-4: φύγε τὸ δέλεαρ, καί τὸν ἐν τῇ δορᾷ τοῦ προβάτου κρυπτόμενον καταμαίνθανε λύκον, “huye de la trampa y date cuenta de que el lobo se esconde bajo la piel de la oveja”; sermón séptimo *in Genesim*, *PG* 54, 613, 39-43: οἱ Μαιχαῖοι, οἱ κύνες, οἱ έννεοὶ καί λυττῶντες, τὸ σχῆμα μὲν ἐπιδείκνυνται ἐπιεικειάς, τὴν χαλεπὴν δὲ ένδον ἔχουσι τῶν κυνῶν μανίαν, καί κατακρύπτουσι τῇ δορᾷ τοῦ προβάτου τὸν λύκον, “los maniqueos, los perros, los mudos y rabiosos, ciertamente muestran la apariencia de la bondad, pero interiormente tienen la furiosa locura de los perros y ocultan al lobo con la piel de la oveja” ....



daban las gracias por un favor; hoy, os lo imputan como un delito y os calumnian”<sup>72</sup>.

Bajo estas palabras el sentimiento es el de queja y el de acusación contra la perfidia y la ingratitud. *Los falsos amigos, más peligrosos que los enemigos declarados; los hombres que ayer os acariciaban, os besaban las manos, os daban las gracias por un buen hecho, ya no son en absoluto personajes imaginarios. Crisóstomo los siente alrededor de él: los falsos amigos son Severiano de Gábalá y su camarilla; los ingratos son los que ha salvado de la cólera de Gainas: Arcadio, el conde Juan, que fue uno de sus más obstinados perseguidores.*

El emperador había sido forzado a respetar el derecho de asilo, aunque él lo hubiese revocado. Había visto a Crisóstomo obtener de Gainas la vida de Aureliano, de Saturnino y del conde Juan, tan cobardemente liberados por él. Se encontraba en su trono menos poderoso que este obispo tan simple en su vida, tan valiente en su conducta. Arcadio le había concedido a Gainas un poder tal, que éste se había convertido realmente en jefe del Imperio. Cuando el bárbaro exigió una Iglesia para él y sus compatriotas, que eran arrianos, el emperador estaba dispuesto a hacer todavía esta concesión. Crisóstomo se opuso a ello enérgicamente<sup>73</sup>. — “No prometáis lo que se os pide, dijo a Arcadio: no déis en absoluto a los perros las cosas santas”<sup>74</sup>. Incluso en presencia de Gainas, deniega al emperador el derecho de conceder

72 Crisóstomo, *Cum Aurelianus et Saturninus*, PG 52, 415, 23-50: Οὐδὲν γὰρ βέλαιον, οὐδὲν ἀκίνητον τῶν ἀνθρωπίνων πραγμάτων, ἀλλὰ μιμείται θάλασσαν μαινομένην, καὶ καθ' ἐκάστην ἡμέραν ὠδίνει ναυάγια ξένα καὶ χαλεπά. Πάντα θορύβων γέμει καὶ ταραχῆς· πάντα σκόπελοι καὶ κρημνοί· πάντα ὕφαλοι καὶ σπιλάδες· πάντα φόβοι, καὶ κίνδυνοι, καὶ ὑποψίαι, καὶ τρόμοι, καὶ ἀγωνίαι. Οὐδεὶς οὐδεὶ θάρρει, τὸν πλησίον ἕκαστος δέδουκεν. Ἐκεῖνος πάρεστιν ὁ καιρὸς τάχα, ὃν ὁ προφήτης ὑπογράφων ἔλεγε· Μὴ πιστεύετε ἐν φίλοις, καὶ ἐπὶ ἡγουμένοις μὴ ἐλπίζετε· [...] Τί δήποτε; Ὅτι καιρὸς ποιηρὸς ἐστίν, Ὅτι πᾶς ἀδελφὸς πτέρη πτεριεῖ, καὶ πᾶς φίλος δολίως πορεύεται. Οὐκ ἔστι φίλος ἀσφαλής, οὐκ ἀδελφὸς βέλαιος. [...] Μυρία πανταχοῦ προσωπεῖα. Πολλοὶ τῶν προβάτων αἱ δοραὶ, ἀναριθμητοὶ πανταχοῦ κεκρυμμένοι λύκοι· καὶ ἀσφαλέστερον ἂν τις ἐν πολεμίοις μᾶλλον βιώσειεν, ἢ ἐν τοῖς δοκοῦσιν εἶναι φίλοις. Οἱ χθὲς θεραπεύοντες, οἱ κολακεύοντες, οἱ χεῖρας καταφιλοῦντες, ἀθροῦν νῦν πολέμοι ἀνεφάνησαν, καὶ τὰ προσωπεῖα ῥίψαντες, κατηγορῶν ἀπάντων πικρότεροι γεγόνασιν, ὑπὲρ ὧν πρῶην χάριτας ὡμολόγουν, ὑπὲρ τούτων ἐγκαλοῦντες καὶ διαβάλλοντες.

73 Cf. S. Mazzarino, *Stilicone*, Roma 1942, pp. 220 ss., donde explica el enfrentamiento de Gainas con Crisóstomo con respecto al problema de que los godos obtuvieran o no una iglesia para el culto arriano y cómo el obispo se convirtió en el líder del pueblo.

74 Teodoreto, *HE* 5, 32: Μὴ τοιαῦτα, ἔφη, ὦ βασιλεῦ, ὑπισχνοῦ, μηδὲ διδόναι παρακελεύου τὰ ἅγια τοῖς κυσίν.

una petición contraria a los intereses de la religión, contraria incluso a las leyes del Estado. Y enseña las leyes de Teodosio, que prohíben a los arrianos poseer Iglesias<sup>75</sup>. Gainas salió furioso de esta entrevista y, decidido a valerse de su privilegiada posición para dar un golpe y tras él no sólo adueñarse de Constantinopla, sino de la misma silla imperial, destacó las tropas romanas a la Tracia, alejó del centro, bajo pretextos de defensa militar, gran parte de la guardia palatina y aumentó la guarnición de la soldadesca goda. Poco más tarde, los hunos aniquilaron a su paso a este rebelde que hacía temblar al emperador de Oriente<sup>76</sup>.

Tal fue el papel de Crisóstomo en las pruebas que asaltaron entonces al Imperio. Sería un grave error no ver en él más que un obispo celoso de los privilegios de la Iglesia. La impotencia del gobierno imperial hizo de él algo más: un hombre político. Por consiguiente, no podemos deslindar su vida de los acontecimientos sociales y políticos del siglo IV. Sin éstos, difícilmente podría comprenderse su obra.

Estos acontecimientos ocurrieron durante los cuatro primeros años de su episcopado. Las reformas introducidas en la disciplina, sus viajes a Asia, sus embajadas junto a Gainas, la fundación de los hospitales, la distribución de las limosnas<sup>77</sup>, la destrucción de los restos del politeísmo<sup>78</sup>, la conversión de los godos<sup>79</sup>, le dejaban poco tiempo para

75 *CTh*, XVI, 1, 2: "...y prohibimos a sus asambleas usurpar en lo sucesivo el nombre venerable de iglesias".

76 Cf. Zósimo, *Historia nova* 5, 22. Según Sócrates *HE* 6, 6, y Sozomeno, *HE* 8, 4, 20, su muerte no fue a manos del huno Uldes, sino que ocurrió en Tracia y frente a un ejército romano. Filostorgio, *HE* 11, 8 coincide con Zósimo.

77 Baste con decir que Jorge de Alejandría le apodó 'el limosnero'. Cf. Chr. Baur, *Der Heilige* vol. I, p. 250, n. 63.

78 Ayudó a san Porfirio a destruir los templos paganos de Gaza (cf. *Vita Porphyrii*, *Biblioth. Patrum*, 9).

79 Intentó oponerse al arrianismo de los godos en Constantinopla, estableciendo que se debía reservar una iglesia para los cultos católicos celebrados por los godos católicos del lugar, cf. *Ep.* 14, 226. Nombró también presbíteros y diáconos que sabían gótico. Todavía se conservan uno o dos de los sermones que Juan les predicó en 399: Teodoreto, *HE* 5, 30; Juan, *Homilia habita postquam presbyter Gothus*, etc. (*PG* 63, 499-510), en P. Batiffol, "Des quelques homélies de S. Jean Chrysostome et de la version gothique des écritures", *RBi* 8 (1899), pp. 566-72. Pero no hay evidencia de que enviara misioneros para convertir a los germanos paganos como hizo con los hunos: Teodoreto, *HE* 5, 31. Cf. E.A. Thompson, *El cristianismo y los bárbaros del Norte*, en A. Momigliano y otros, *El conflicto entre el paganismo y el cristianismo en el siglo IV*, Madrid 1989, pp. 84-92.

la predicación<sup>80</sup>. Sin embargo, no abandonó jamás una parte tan importante de su ministerio.

Por otra parte, es difícil determinar hasta dónde llegaron los ataques de Crisóstomo. Los historiadores eclesiásticos contemporáneos y posteriores son muy reservados sobre este punto y varían en cuanto al grado de objetividad<sup>81</sup>: unos, como Teodoreto de Ciro, por escrúpulo de caridad cristiana y por temor de ganarse enemigos, no da ninguna información interesante sobre los movimientos populares que acompañaron la crisis en torno a Crisóstomo; otros, como Sócrates y Sozomeno, luchan claramente entre el deseo de ser verídicos y el miedo de ofender al hijo de Arcadio y de Eudoxia, Teodosio II, al que Sozomeno dedica su obra. Sócrates no excede en simpatía por Juan. El retrato moral que traza de él en el capítulo VI, 3 de su *Historia Ecclesiastica* es suficiente para dar prueba de ello. Acentúa los rasgos desfavorables y peca de imparcial e injusto. Un tono más positivo es el Sozomeno, aunque tampoco se excede en elogios.

En cuanto a Paladio, la obra que compuso en forma de diálogo sobre la vida de Crisóstomo es muy incompleta y muy parcial. El discípulo justifica y admira todos los actos, todas las palabras de su maestro. El obispo de Helenópolis se declara amigo y confidente del obispo mártir, testigo ocular de los acontecimientos y víctima él mismo de la persecución que continuó a la partida de Juan al exilio.

A estos testimonios es necesario añadir el de Zósimo. Es el único que parece sobre este punto imparcial y desinteresado, quizá por ser el único historiador pagano de este tiempo. No siente admiración por Crisóstomo, pero tampoco por Eudoxia ni por Arcadio. Zósimo nos representa a Crisóstomo como el enemigo personal de Eudoxia<sup>82</sup>.

80 B. de Montfaucon (*Vida de Crisóstomo*, tomo XIII) y antes de él Focio, han observado con razón que las homilías pronunciadas en Constantinopla son muy inferiores a las otras. Al orador le faltaba tiempo.

81 Sobre las fuentes históricas que conciernen a los últimos años de Juan Crisóstomo, cf. F. van Ommeslaeghe, "Jean Chrysostome et le peuple de Constantinople", *AB* 99 (1981), pp. 330-333.

82 Zósimo, *Historia nova* 5, 23, 2: Οἱ δὲ, ὅπως ποτὲ διέφυγον, ἐπὶ τὴν Κωνσταντινούπολιν ἐπανελθόντες παρά πᾶσαν ἐλπίδα τῷ τε βασιλεῖ καὶ τῇ γερουσίᾳ καὶ πᾶσι τοῖς ἄλλοις ἐφάνησαν. ἐντεῦθεν ηἰξήθη τῇ συνοικίᾳ τῷ βασιλεῖ τὸ κατὰ Ἰωάννου τοῦ τῶν Χριστιανῶν ἐπισκόπου μῖσος, χαλεπαινοῦση πρότερον μὲν αὐτῷ κωμωδεῖν εἰωθότι κατὰ τὰς συνόδους αὐτὴν ἐν ταῖς πρὸς τὸ πλῆθος ὁμιλίαις. τότε δὲ, μετὰ τὴν Ἰωάννου καὶ τῶν ἄλλων ἐπάνοδον, εἰς τὴν κατ' αὐτοῦ δυσμένειαν ἐμφανῶς ἐξανέστη.

Desgraciadamente, una laguna bastante considerable en el texto nos impide conocer la opinión de Zósimo sobre las causas de esta enemistad, que era recíproca. Zósimo nos dice únicamente que Crisóstomo ponía a Eudoxia en ridículo ante el pueblo. Sócrates y Sozomeno hacen la misma declaración<sup>83</sup>. Añade que fue ella quien levantó a los obispos contra Crisóstomo; reconoce que no se procedió contra éste con equidad y, sin embargo, acusa al obispo de haber levantado más de una vez al pueblo contra la emperatriz<sup>84</sup>.

El carácter de Crisóstomo no hace retroceder estas acusaciones. Su excusa, si fuera necesaria, son los vicios, los crímenes de la corte imperial; las rapiñas, las violencias de Eudoxia, de los eunucos y de las mujeres que la rodeaban<sup>85</sup>, el despotismo más desenfrenado sustituyendo a las leyes, el ladrocinio sentado sobre el trono.

San Nilo, que fue prefecto de Constantinopla y después monje<sup>86</sup>, trazó un cuadro conmovedor de estas saturnales del despotismo caído

Sobre los altercados de Juan con Eudoxia, cf. F. Van Ommeslaeghe, "Jean Chrysostome en conflict avec l'impératrice Eudoxie", *AB* 97 (1979), pp. 131-159, especialmente pp. 142-148.

83 Sozomeno, *HE* 8, 16: 'Ἐπεὶ δὲ ἀπέπλευσεν Ἐπιφάνιος, ἐκκλησιάζων Ἰωάννης κοινὸν κατὰ γυναικῶν διεξῆλθε ψόγον· αἰνιγματωδῶς δὲ συγκεῖσθαι τοῦτον κατὰ τῆς τοῦ βασιλέως γαμετῆς τὸ πλῆθος ἐδέχετο. Οἱ δὲ τοῦ ἐπισκόπου δυσμεγεῖς, καὶ αὐτὸν τὸν λόγον ἐκλαμβάνοντες, τῇ βασιλίδι διεκόμισαν.

Σόκρῃτες, *HE* 6, 18: Ἰωάννης δὲ ὕβριν τὰ γινόμενα τῆς ἐκκλησίας νομίζων, τῇ συνηθείᾳ τε παρῆρσιαν ἀνακτησάμενος πάλιν, τὴν ἑαυτοῦ γλώτταν κατὰ τῶν ταῦτα ποιούντων ἐξώπλιζε. Καὶ δέον τοὺς κρατοῦντας λόγῳ παρακλητικῶ πείθειν παῦσαι τῆς παιδιᾶς· ὁ δὲ τοῦτο μὲν οὐκ ἐποίη· καταφορικῇ δὲ τῇ γλώσσει χρησάμενος, ἔσκωπτε τοὺς γενέσθαι ταῦτα κελεύσαντας. Ἡ δὲ βασίλισσα πάλιν εἰς ἑαυτὴν εἶλκε τὰ γινόμενα· καὶ ὕβριν ἑαυτῆς τοὺς ἐκείνου λόγους νομίζουσα, πάλιν παρασκευάζει σύνοδον ἐπισκόπων συνάγεσθαι κατὰ αὐτοῦ.

84 Zósimo, *Historia nova* 5, 23.

85 Cf. Paladio, *Dial.* 8, 79-85: εἰώθει γὰρ ὁ μακάριος, κατὰ τὸν Παῦλον, ὀδημοσία τε καὶ κατ' οἴκους· σεμνοπρέπειαν ἐκδιδάσκειν, μάλιστα συνεχῶς ταῖς τοιαύταις ἐπισκήπτων, ὅτι Ἰραίδες οὔσαι διὰ τὸν χρόνον, τί ἀνηβᾶν παραβιάζεσθε τὸ σῶμα, βοστρύχους ἐπὶ μετώπου φέρουσαι καθάπερ ἑταιρίδες, ὑβρίζουσαι καὶ τὰς λοιπὰς ἐλευθέρως, ἐπὶ ἀπάτη τῶν συντυγχανόντων, καὶ τοῦτο χῆραι, "Acostumbrada, en efecto, el bienaventurado obispo, siguiendo el ejemplo de Pablo, enseñar la modestia *en público* y *en privado* increpando continuamente a las de la ralea de Eugrafía: ¡Y, sin embargo, tenéis bastantes años a vuestras espaldas! —dijo un día en una homilía— ¿Por qué no dejáis ya de torturar vuestro cuerpo con la ilusión de rejuvenecerlo? ¿Por qué dejar caer sobre la frente vuestros cabellos rizados como si fueseis cortesanas? ¿Por qué tratáis de engañar a las personas que os encuentran? Pero, al fin y al cabo, ¿sois o no sois viudas?".

Eugrafía, al igual que Marsa y Castricia, era aliada de Eudoxia.

86 Lenain de Tillemont, *Memoires pour servir a l'histoire ecclésiastique des six premiers siècles*, XIV, Venecia 1932.

en manos de una mujer: “Era raro que un hombre rico pudiese legar sus bienes a sus herederos. Eudoxia, las mujeres que la rodeaban, sus eunucos, se los hacían adjudicar”. Muestra a los herederos despojados, reducidos a mendigar, llorando y contando su historia. Unos van a buscar su subsistencia de provincia en provincia; los otros permanecen allí, esperando siempre o desesperándose. Bajo un régimen así, dice Zósimo<sup>87</sup>, *las gentes de bien se aburrían de vivir y deseaban morir*.

Eudoxia y Crisóstomo eran enemigos, todo lo prueba. Además, ambos tenían un carácter violento e inflexible. Desde el primer día chocaron. Recordemos que la emperatriz se había declarado protectora de Severiano de Gábalá, al que había devuelto a Constantinopla después de que fuese expulsado de allí por Crisóstomo. Estas fueron las primeras relaciones entre ambos; no debieron dejar recuerdos agradables ni a uno ni a otro.

No sería justo suponer que Crisóstomo tuviese siempre presente en mente a Eudoxia en los ataques tan frecuentes que dirige contra los excesos del lujo y del ornamento en las mujeres. Las damas de la corte tenían allí su buena parte. Pero, como el pueblo, al que el obispo tomó equivocadamente como confidente, conocía la desavenencia que reinaba entre ellos dos, se complació en ver en las críticas más generales de su predicador, una alusión permanente al fasto, a la insolencia, a la crueldad de Eudoxia<sup>88</sup>.

Las palabras enardecidas que Crisóstomo pronunciaba es posible que Eudoxia las oyera por ella misma o que le fuesen llevadas. No se descuidó nada para que la emperatriz sintiese la ofensa y quisiese vengarse.

87 *Historia nova* 5, 24: πᾶσιν ἀβίωτον καθίστη τὸν βίον, ὥστε θανάτου τοῖς μέτρια φρονοῦσιν οὐδὲν ἦν αἰρετώτερον.

88 Paladio, *Dial.* 6, 1-7: Ἐκ τούτου προκαταλαμβάνει φθόνος τὰς διανοίας τῶν μισθωτῶν ποιμένων ἐλεγχόμενων ἐκ τοῦ παραλλήλου. μὴ δυνηθέντες δὲ αὐτοῦ περιγεγέσθαι διὰ τὸ μὴ ἐπικαλέσασθαι τὸν καταλυτὴν τοῦ φθόνου Σωτήρα, πλέκουσι διαβολὰς κατὰ τοῦ Ἰωάννου, μεταποιήσαντες αὐτοῦ τινὰς ὁμιλίας εἰς ὕβλους κατὰ τῆς βασιλείας καὶ ἐτέρων τῶν ἐν τῇ αὐλῇ τοῦ βασιλέως, “Desde entonces la envidia gana los espíritus de los pastores venales, que se ven confundidos por la comparación. Incapaces de superarla, ya que no invocaban al Salvador, que hace desaparecer la envidia, urdieron calumnias contra Juan, falsificando algunas de sus homilías para hacer de ellas ataques contra la emperatriz y otros personajes de la corte imperial”.

Sobre la “falsificación de algunas de sus homilías”, cf. F. Van Ommeslaegue, “Jean Chrysostome en conflit avec l’impératrice Eudoxie. Le dossier et les origines d’une légende”, *AB* 97 (1979), pp. 137-139.

El número de los enemigos de Crisóstomo era muy grande. Teodoreto rehusa nombrar ninguno<sup>89</sup>. Sócrates, Sozomeno y sobre todo Paladio no tienen esta reserva. Hemos visto que los grandes, los ricos, las damas de la corte, le odiaban: Crisóstomo no perdonaba ni sus desórdenes, ni su avaricia, ni su coquetería. Entraron ávidamente en la gran conspiración que se formó bajo los auspicios de la emperatriz. Pero los adversarios más encarnecidos fueron los mismos que hubieran debido ser sus aliados y sus defensores; fue traicionado y entregado por los suyos. Los obispos que él había depuesto; Severiano de Gábalá, que se había reconciliado con él; su diácono Juan, al que había forzado a ser la providencia de los pobres; el conde Juan, cuya vida había salvado; tres mujeres de la corte, Marsa, Castricia, Eugrafia: estos fueron los enemigos que primero se levantaron contra Crisóstomo<sup>90</sup>.

Así transcurren los primeros cuatro años del episcopado de Juan, marcados por las relaciones poco amistosas con Eutropio, Arcadio y Eudoxia, con Severiano de Gábalá y Gainas. Estos personajes asenta-

89 Teodoreto, *HE* 5, 34: Ἐγὼ δὲ ἐν τῷδε τῷ μέρει τῆς ἱστορίας, οὐκ οἶδα ὅ τι πάθω. Διηγῆσασθαὶ γὰρ τὴν κατὰ τοῦτου τολμηθεῖσαν ἀδικίαν βουλόμενος, τὴν ἄλλην ἀρετὴν τῶν ἡδικηκότων αἰσχύνομαι. Οὐ δὴ χάριν αὐτῶν καὶ τὰς προσηγορίας κατακρύψαι πειράσομαι. Teodoreto es discípulo de Acacio de Beroea, uno de los más violentos enemigos de Crisóstomo.

90 Paladio, *Dial.* 4, 80-82; 84-85; 87-88; 89-95; 97-98: οἱ δὲ μετὰ ταῦτα τῆς ποιηρᾶς πηγῆς ὀχετοί, ὡς ἅπας ὁ περίγειος ἐπίσταται χῶρός, εἰσὶν Ἀκάκιος καὶ Ἀντίοχος καὶ Θεόφιλος καὶ Σευηριανός, “Así que los canales de esta fuente envenenada son, como el mundo entero sabe, Acacio, Antíoco, Teófilo y Severiano” [...] τοῦ δὲ τάγματος τῶν κληρικῶν πρεσβύτεροι δύο, διάκονοι δὲ πέντε, “después de ellos, en el orden de los clérigos, hay dos sacerdotes y cinco diáconos” [...] τῆς δὲ τοῦ βασιλέως αὐλῆς δύο ἢ τρεῖς μόνοι, “en la corte del emperador, dos o tres personas solamente” [...] γυναικῶν δὲ πρὸς ταῖς φημιζομένας τρεῖς, χῆραι μὲν, ἀνδρόπλουτοι δέ, ἐπὶ ὀλέθρῳ τῆς ἑαυτῶν σωτηρίας τὰ ἐξ ἀρπαγῆς χρήματα κεκτημένα, ταραξάνδριαι καὶ ἀνασειστρῆαι, Μάρσα Προμότου γυνή, καὶ Καστρικία ἢ Σατορίνου, καὶ Εὐγραφία, ἀμφιμανῆς τις, τὰ δὲ λοιπὰ αἰδουμαι καὶ λέγειν. αὐταὶ καὶ οὗτοι νωθοκάρδιοι ὄντες ἐν τῇ πίστει, “entre la mujeres, finalmente, además de las que son conocidas por todos, hay tres, viudas sin duda, pero cuyos maridos dejaron ricas y que, para la ruina de sus almas, poseen fortunas adquiridas por el robo, transtormadoras de hombres y cometedoras de disturbios: Marsa, viuda de Prómoto; Castricia, viuda de Saturnino, y Eugrafía, una loca furiosa; pero tengo vergüenza de decir más de ello. Estas mujeres y estos hombres, con el corazón languideciente en la fe” [...] χεῖμαβρόν ἀπωλείας κατὰ τῆς ἐκκλησιαστικῆς εἰρήνης εἰργάσαντο, “desencadenaron una ola destructora contra la paz de la Iglesia”.

ron las bases de las enemistades que se grangeó, ahora y más tarde, y que le llevaron al destierro y a la muerte.

INMACULADA DELGADO JARA  
Universidad Pontificia de Salamanca

## SUMARIO

El autor analiza los primeros años de la estancia de san Juan Crisóstomo en Constantinopla, desde su nombramiento como obispo en el año 398 hasta el enfrentamiento con la emperatriz Eudoxia, deteniéndose en los hechos que marcaron esta etapa de su carrera: las reformas introducidas por el santo en la disciplina del clero y de la Corte, sus viajes a Asia, su enemistad con el obispo de Gábalá, Severiano, la caída de Eutropio y sus embajadas junto al godo Gainas. Aunque Crisóstomo no fuera un hombre político, estuvo mezclado con los acontecimientos más importantes del reinado de Arcadio. Su carácter combativo y reformador provocó la hostilidad de las víctimas de sus invectivas que le llevaría al exilio en los desiertos de Armenia hasta su muerte.

## ABSTRACT

The author analyses the first years of St. John Chrysostomus' stay in Constantinople, from his appointment as bishop, in a. 398, to his antagonism with Empress Eudoxia, dwelling upon the main facts of this stage of his career: the reforms introduced by Chrysostomus in the discipline of both the clergy and the court, his travels to Asia, his antagonism with Severianus, bishop of Gabala, the fall of Euthropius and his embassies together with the Goth Gainas. Although St. John Chrysostomus was not a politician, he was involved in the most important events of Arcadius' reign. This combative and reformative character raised the hostility of the victims of his invectives, which would lead him to exile until his death in the Armenian deserts.